

Autodeterminación como condición de desarrollo en la era de mundialización de la pobreza

L U I S A R I Z M E N D I *

J U L I O B O L T V I N I K **

RESUMEN: En el curso de los últimos años, los autores hemos desarrollado una creciente interpenetración tanto de nuestras conceptualizaciones del capitalismo como de sus tendencias en curso, de ahí que, como un primer avance, en este ensayo unifiquemos nuestros análisis de la mundialización de la pobreza como una de las dimensiones clave de la configuración cínica de la mundialización capitalista en la vuelta de siglo con el estudio del impacto de la reconfiguración neoliberal del Estado en la realidad económico-social de México, utilizando la perspectiva metodológica del índice de progreso social, para concluir presentando una propuesta de articulación del ejercicio efectivo de la autodeterminación nacional con un nuevo proyecto de desarrollo como retos y horizontes alternativos de nuestro país ante las tendencias de la mundialización capitalista del siglo XXI.

I

Pobreza y cinismo en la mundialización capitalista contemporánea

Nunca como ahora en la historia del capitalismo se había agudizado tanto la contradicción radical que define a la era moderna: *con la actual revolución tecnológica –la cuarta en la historia de la mundialización capitalista– se ha alcanzado el nivel más avanzado de la técnica planetaria y, sin embargo, revirtiendo sus mejores potencialidades, justo cuando por primera vez para la sociedad mundial es posible hacer una realidad la abundancia económica, la depredación capitalista del proceso de reproducción social ha llegado a su mayor medida histórica.* La escasez y, como una de las modalidades radicales de ella, la pobreza social –que esa estructura técnica perfectamente podría superar y desactivar–, lejos de estar siendo rebasada se encuentra siendo

* Director de la revista *Mundo Siglo XXI*. Ha traducido ensayos de E. Altvater, M. Chossudovsky, S. Amin, I. Wallerstein, N. Chomsky, entre otros. Ha impartido cientos de conferencias en seminarios nacionales e internacionales en múltiples universidades, escuelas de educación superior e institutos de investigación. Co-autor del libro *Innovación tecnológica y medio ambiente* (CIECAS/Plaza y Valdés/Fundación Fridrich Ebert, 2001). Actualmente prepara el libro *Tendencias de la mundialización en el siglo XXI*.

** Sin duda el especialista más importante de pobreza en el continente. Premio Nacional de Periodismo 2003. Integrante del equipo editorial de *La Jornada*. Profesor-Investigador de El Colegio de México e investigador nacional, nivel III, del SNI. Premiado por el INAH por Mejor Tesis Doctoral 2006. Co-autor junto con Amartya Sen y Meghnad Desai de *Índice de progreso social* (PNUD, 1992) y con Enrique Hernández Laos de *Pobreza y distribución del ingreso en México* (Siglo XXI, 1999); coordinador con Araceli Damián de *La pobreza en México y el Mundo* (Siglo XXI, 2004). Actualmente prepara el libro *Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque sobre la pobreza y el florecimiento humano*.

artificial y agresivamente llevada a una escala previamente inédita.¹ La 3ª gran crisis de acumulación en el desarrollo del capitalismo moderno –que inició en 1971 y terminó en los primeros años del siglo XXI–, a diferencia de la 1ª gran crisis (1870-1890) que fue de alcances exclusivamente continentales –afectando tan sólo a Europa Occidental– y de la 2ª gran crisis (1929-1944) que fue de alcances más amplios pero apenas intercontinentales –afectando además de Europa y EU a ciertos países asiáticos como Japón–, ha constituido la *única crisis económica de alcances propiamente mundializados*. Su medida histórica revela que la tarea de la mundialización capitalista en el siglo pasado, planetarizar el sistema de fábricas automatizadas, está realizada pero que esta planetarización está lejos de traer consigo el mejoramiento del mundo humano de la vida. De hecho, junto a esa gran crisis económica, los mecanismos de contratendencia que el capitalismo implementó para contrarrestarla y apuntalar su poder planetario, es decir, la *configuración neoliberal del Estado, la derrota con el “libre comercio” de los monopolios defensivos que edificaron tanto el tercer como el segundo mundos el siglo anterior y la misma revolución tecnológica de nuestro tiempo* –que

está llevando más lejos el desarrollo de la subordinación real capitalista del proceso de trabajo–, se articulan para conformar juntos el fundamento histórico de una nueva era: una era en la que, derrumbando las ilusiones del mito de la globalización –que insiste en que nos encontramos insertos en un tiempo regido por una tendencia que presuntamente conduce hacia la globalización de la riqueza–, la mundialización capitalista ha convertido en peculiaridad suya justo la *mundialización de la pobreza*.

De ahí que, a diferencia de las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX –o, dicho más propiamente, del periodo de auge de posguerra– donde la pobreza, aunque se discutió, nunca estuvo incorporada en la agenda de prioridades de los organismos internacionales, a partir de los ochenta y ampliamente desde los noventa, éstos asumen la *pobreza mundial como una de sus prioridades estratégicas*. Ante todo en el caso del Banco Mundial, esta asunción lejos de responder a un compromiso genuino con el “humanismo” o el “progreso social” del sistema de naciones, más bien proyecta una *necesidad histórica de la fase actual de la mundialización capitalista* que, después de haber

¹ Lejos de ser monopolio de la economía convencional y mucho antes de la versión que de él formó Walras –pasando completamente por alto las necesidades sociales al caracterizarlo como sinónimo de finitud cuantitativa de los objetos para, desde ahí, justificar la asignación de precios a todos los bienes sociales y explícitamente eternizar la propiedad privada en sus *Elementos de economía política pura*–, el concepto de escasez tiene otro significado y un sentido radical en el pensamiento clásico marxista. Dirigido a revelar la *escasez* –o, lo que lo mismo, la *ananke* para decirlo en los términos de Marcuse– como una *forma histórica y no como una propiedad inmanente a los objetos sociales*, el concepto crítico de Marx –desde *La Ideología Alemana* y, más aún, en los *Grundrisse* y la *Crítica de la economía política*– muestra que constituye una *limitación históricamente inevitable impresa en el sistema social de bienes por el desarrollo limitado de las fuerzas productivas a lo largo de lo que denomina la “prehistoria” de la humanidad*. Para él, allí donde existe escasez la historia no puede ser autodeterminada socialmente y la confrontación se impone haciendo de la inhumanidad la forma ineludible de las relaciones humanas. Justo porque la propiedad privada y el dominio económico-político de una clase sobre otra, lejos de ser producto contingente o unilateralmente impuesto por la voluntad de poder de un grupo determinado, son resultado de la polarización y la confrontación que la escasez vuelve inevitables, dando lugar a que la clase dominante neutralice sus efectos gracias a que los transfiere y sobrecarga agudizándolos sobre el proceso de producción y reproducción de multitudes que integran a las clases dominadas, es que la doble condición para trascender la prehistoria –como era que abarca la historia de todas las sociedades antagonicas– reside en que la modernidad, con base en el progreso de la técnica automatizada, conquiste la *abundancia*, permitiendo que la riqueza “fluya a chorros” para todos y que la lucha económica de unos contra otros se convierta en una forma socialmente innecesaria, a la par que la *reconfiguración comunitaria de la vida social* instale la reducción del tiempo de trabajo como soporte de la ampliación del tiempo libre con el objetivo de impulsar la edificación del *Reino de la Libertad* y la fundación de la *Historia* como una nueva era basada en el ejercicio de la soberanía política colectiva.

En este sentido cabe decir que *el capitalismo como sistema histórico guarda una relación radicalmente esquizoide o ambivalente con la escasez: justo al mismo tiempo que, debido al incesante y acelerado progreso tecnológico que impulsa desde la fundación de su gran industria hace de la abundancia o de la ilimitación en las fuerzas productivas y en la riqueza social una posibilidad cada vez más a punto de alcanzar su realización histórica, reprimiendo y revirtiendo las mejores potencialidades contenidas en la modernidad y sus revoluciones tecnológicas, en lugar abrir paso a la trascendencia de la escasez, distinguiéndose de las formaciones precapitalistas que la padecían como resultado de los inevitables ritmos graduales de desarrollo de la técnica premoderna, una y otra vez la reinstala pero artificialmente a través de la pluspoblación –que su desarrollo tecnológico dominado productivísticamente genera–, de la represión salarial y, más aún, a través de la destrucción que con sus crisis el capitalismo despliega a una escala cada vez más extendida y más profunda*.

El nivel más alto de esa contradicción histórica entre desarrollo potencialmente ilimitado de las fuerzas productivas y reinstalación artificial de la escasez producida por las formas o relaciones capitalistas es justo el que se ha alcanzado y tiende a recrudecerse con el capitalismo del siglo XXI. Con él la *pobreza moderna*, como una de las más dolorosas formas de expresión de la legalidad esquizoide propia de la modernidad capitalista, trágicamente revela que de ningún modo es producto de una escasez inevitable, esto es, de un presunto atraso en la tecnología. El hambre en el mundo es su principal prueba. Como los informes de la misma FAO demuestran, la economía mundial contemporánea cuenta con la capacidad suficiente para generar alimentos para la humanidad entera. Sin embargo, el hambre no se supera y, en ciertas zonas, hasta se acrecienta, precisamente porque es producto de la contracción del mercado de consumo que la ampliación de la pluspoblación y la represión salarial suscitan e, incluso, lo que también es decisivo, de las relaciones de poder imperiales del capitalismo metropolitano sobre la economía periférica. Véase el incisivo análisis de varios autores del hambre como arma geopolítica usada contra las poblaciones de África, Asia y América Latina, *Geopolítica del hambre, cuando el hambre es un arma*, Ed. Icaria, Barcelona, 1999.

golpeado y erosionado profundamente el proceso de reproducción de la sociedad planetaria, no ha tenido más opción que reconocer y encarar la pobreza como factor potencialmente desestabilizador de la *rapport de forces* de la “sociedad global”.²

En este escenario histórico, descifrar el sentido estratégico de los programas oficiales de “lucha contra la pobreza” exige reconocerlos no como polo opuesto a la configuración neoliberal del capitalismo contemporáneo, sino, más bien, como su *necesario polo complementario*. De ningún modo se encuentran diseñados para enfrentar la agudización y expansión de la pobreza extrema en el orbe buscando impulsar toda una visión y acción política que permita sacar eficazmente a los sujetos que la padecen de ese estado de escasez radical, más bien, su objetivo consiste en contenerlos estratégicamente. De lo que se trata es de imprimirle a la correlación mundializada de fuerzas sociales una configuración que neutralice los potenciales riesgos de inestabilidad que la pobreza extrema acarrea en nuestro tiempo, lo que frecuentemente tiende a convertir los programas de “combate a la pobreza” en programas de “control” o “combate contra los pobres”.³

En este sentido, la línea o el umbral de pobreza extrema que traza el Banco Mundial no responde simplemente al menoscabo de la auténtica magnitud de la pobreza internacional en nuestra época. Verlo así bloquearía captar su efectividad estratégica.⁴ Sin dejar de cumplir esa función, va más lejos, puesto que permite explorar y reconocer aquellos puntos del proceso de reproducción social planetarizado donde se ha llegado a una *situación límite*, esto es, donde la amenaza de muerte adquiere un carácter inminente porque ya ni la sobrevivencia puramente animal o no humana es viable ni sostenible para el ser humano.

Precisamente eso es lo que significa definir el umbral de la pobreza extrema con el criterio del ingreso de un dólar diario. Cuando la mirada se niega a quedar entrampada en el formalismo insensible pero también insensibilizador de esta medición e inspecciona el contenido histórico que la determina puede descubrir que con ella el Banco Mundial introduce una *concepción doblemente unidimensionalizada de la pobreza*: primero, porque borra o sencillamente ignora todo el amplio conjunto del sistema social de necesidades, *reduciendo la pobreza global exclusivamente a pobreza alimentaria*; y, luego, porque pasa por alto hasta

² Aunque pueden encontrarse bosquejos del debate sobre la pobreza internacional a principios de la década de los setenta, como en la Conferencia de Estocolmo (1972) –plataforma para la creación del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA)–, que tiene la peculiaridad de que concibe la pobreza como la principal fuente causal de la crisis ecológica contemporánea, y, ulteriormente, en el inicio de los ochenta, se abren espacios desde la ONU, de entrada por UNICEF y luego especialmente por el PNUD, para la gestación de relevantes estudios internacionales tanto en torno a la conceptualización como a la medición de la pobreza, sin embargo, el intenso reavivamiento del debate sobre ésta sucede hasta que, como producto de los efectos desplegados por el neoliberalismo, el Banco Mundial queda obligado a reconocerla como un problema prioritario en su *Informe sobre desarrollo mundial 1990*. Este constituye, precisamente, el punto histórico específico de partida de la asunción en la fase actual de la mundialización capitalista de la pobreza como objeto de una acción estratégica.

³ Desde fines de la segunda guerra mundial, en *The Road to Serfdom*, oponiéndose al control centralizado que ejercían tanto la Alemania nazi como la Unión Soviética a partir de introducir la identificación falaz de toda planificación con opresión para descalificar el más mínimo intento de planificación como “camino a la servidumbre” y así justificar su exaltación del mercado como presunta esfera imprescindible de la libertad, Hayek –que, al lado de Milton Friedman, es padre del neoliberalismo–, en sentido contrario a lo que frecuentemente se piensa, hizo explícito que la estrategia neoliberal de ningún modo debía consistir en un *retiro* sino, más bien, en una *redefinición* de la intervención del estado en la economía. Lejos de llevar a la conformación de un “estado mínimo”, garantizar el traslado de toda autoridad económica al mercado y la competencia –sostenía– excluye ciertos tipos de intervención estatal, pero exige otros. Construyendo la plataforma de las tesis que formula en obras ulteriores –como *The Fatal Conceit* donde neodarwinistamente sostiene que la formación espontánea del orden y la evolución se yuxtaponen para permitir a los individuos competir seleccionando desde el mercado las mejores capacidades–, desde *The Road to Serfdom* plantea que el *laissez faire laissez passer* debe admitir como inevitables las desigualdades en las sociales y, en todo caso, el estado remitirse a proporcionar un mínimo de alimento y vestido a los más pobres. Esto quiere decir que la perspectiva neoliberal desde los primeros planteamientos de sus fundadores es consciente de la necesidad de complementar el libre juego del mercado con una estrategia cínica de control de pobres. *The Road to Serfdom*, Routledge Press, Reino Unido, 1944.

Para el neoliberalismo, la lucha contra la pobreza extrema no es un adorno que se pueda quitar o poner, no es un acto externo a su modelo: está en la esencia misma de su perspectiva. El principio doctrinal –planteado por Hayek y Friedman y aplicado por el Banco Mundial– consiste en que la implementación del *laissez faire laissez passer* exige igualdad de oportunidades para jugar el juego del mercado, pero ésta sólo se alcanza cuando a la par que es el mercado, no el poder arbitrario y discrecional de las burocracias políticas, el que regula el suministro y el acceso a las prestaciones sociales, los miembros de la sociedad están en condiciones de satisfacer siquiera a nivel mínimo sus necesidades básicas. Por eso, con el objetivo de asegurar esas condiciones, la lucha contra la pobreza extrema es una parte esencial del funcionamiento del estado neoliberal. De ahí en adelante, las desigualdades subsistentes son asumidas como inevitables adjudicándose las exclusivamente al esfuerzo de los individuos y no a los sistemas sociales.

⁴ Aunque sugerente porque muestra la incoherencia interna contenida en la concepción de la línea de pobreza extrema trazada por el Banco Mundial –que, por un lado, reconoce que no basta “un nivel mínimo de nutrición” para evaluar la pobreza, por tanto, que debería considerarse “el costo que implica participar en la vida cotidiana de la sociedad”, pero, por otro, desecha absolutamente este costo descalificándolo como “subjetivo”–, no obstante, la crítica de un especialista tan importante como David Gordon –director del Centro Townsend para la Investigación Internacional sobre Pobreza– revela un *hiato* profundo cuando señala: “Resulta por demás oscuro qué significa la línea de pobreza del Banco Mundial”. David Gordon, “La medición internacional de la pobreza y las políticas para combatirla” en Julio Boltvinik y Araceli Damián, *La pobreza en México y el mundo*, Siglo XXI, México, 2004, p. 57.

los medios de subsistencia más básicos requeridos para realizar la alimentación, *reduciendo unilateralmente la pobreza alimentaria a adquisición de alimentos no cocinados*. Así, el umbral o la línea de pobreza extrema trazada por el Banco Mundial sólo reconoce esta clasificación a un grupo humano si no puede ni adquirir alimentos crudos.

Debajo del discurso “*light*” que regularmente esgrime el Banco Mundial –presentando la globalización actual como plataforma del progreso mundializado–, la revelación que trae consigo esta perspectiva histórico-política tácita o implícita pero innegable es, sin duda, ominosa o “brutal”: la “sociedad global” de ningún modo puede ni debe asumir ofrecer acceso al bienestar a las mayorías, tiene que admitir como inevitable un desdoblamiento y una polarización radical y, en todo caso, pretendiendo hacer manejables los conflictos que esa polarización genera, garantizar a los excluidos exclusivamente el derecho a la sobrevivencia puramente física o animal.

Cuando se va más allá del insensible formalismo de esta línea de pobreza extrema –donde el monto monetario que la define no revela directamente el contenido real que la caracteriza– y se escudriña en su significado de fondo como modo de administración del proceso de reproducción social en el planeta, puede reconocerse, entonces, que el

mirador del Banco Mundial sintetiza o expresa la identidad histórica de una nueva fase de la mundialización capitalista: la fase actual que tiene su especificidad precisamente por ser una *mundialización capitalista cínica*.

Cínica –en contraste con la forma liberal que activa al “Estado de Bienestar” como contrapeso ante la destructividad económica inmanente a la acumulación del capital– es una configuración histórica del capitalismo que, dejando atrás la promesa que había sostenido en la modernización de la técnica planetaria en su fase previa, es decir, la pretensión de que traería consigo la abundancia para la sociedad en su conjunto, admite sin vacilaciones sus *efectos depredatorios* contra el proceso de reproducción social y se formula su *funcionalización opresiva*.⁵ Dicho de otro modo, cínica es una forma histórica de la modernidad capitalista que parte de la asunción irrenunciable de que el mercado define los muertos y que, sobre ella, se plantea cómo *imprimir a su destructividad por principio una forma útil y manejable*.

En consecuencia, podría decirse que, como expresión de la necesaria reconfiguración del Estado que requiere la forma cínica del capitalismo, con su abierto elogio al *laissez faire laissez passer*, con su firme rechazo al ejercicio de toda soberanía política –que no desactiva sino reconfigura la intervención del Estado en la economía dotándolo de una *configuración específicamente autoritaria*, esto es, que debilitando sobremanera su función como neutralizador de los antagonismos clasistas se torna funcional al traslado de toda la toma de decisiones al libre juego de fuerzas del mercado mundial, lo que no significa otra cosa más que el traslado autoritario de la máxima autoridad al capital y sus grupos de poder de mayor jerarquía–,⁶ es justo el Estado neoliberal el más nítido representante del capitalismo cínico.⁷

Después del Banco Mundial, en mayor o menor medida pero articulados con él, son el grueso de los Estados contemporáneos en Occidente los que mejor proyectan el vuelco histórico que el capitalismo le ha dado a sus políticas económicas a partir de su configuración cínica.

Como afirma Bolívar Echeverría:

“Desde hace un buen tiempo “la intervención estatal” abandonó las veleidades keynesianas que le llevaron a creer que “hacia la historia”, que podía al menos adelantarse a la marcha del proceso económico para prepararle el camino... La *política económica* de los Estados occidentales ha dado un giro histórico que ha cambiado diametralmente su sentido. De administradora de la abundancia posible, es decir, de la promesa inscrita en el progreso de las fuerzas productivas, ha pasado a ser –en curiosa similitud con épocas premodernas– la administradora de una escasez inevitable, el dispositivo que transmite la presencia imperiosa de ésta hacia el cuerpo social, la instancia que media su interiorización en las relaciones sociales de convivencia”.⁸

⁵ Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, El Equilibrista/UNAM, 1995, pp. 39-40.

⁶ Max Horkheimer, *Estado Autoritario*, Itaca, México, 2006.

⁷ Para comprender el cinismo, a partir de analizar la historia de la cultura política moderna, polémica pero muy sugerente es la obra de Peter Sloterdijk *Crítica de la razón cínica* (Siruela, España, 2003). Aunque escudriña una compleja relación del cinismo con el fascismo –ya en la figura del nacional-socialismo con Hitler, ya en la figura del socialismo-nacional o “socialismo en un solo país” con Stalin–, sin embargo, porque tiende a identificarlos no alcanza a esclarecer la *differentia specifica* que existe entre uno y otro.

Podría decirse que como configuraciones históricas de la modernidad capitalista, la diferencia entre cinismo y fascismo reside justo y ante todo en el hecho de que mientras el primero constituye una forma del capitalismo que admite sin reparo ni compensación alguna los efectos destructivos que la acumulación genera sobre el proceso de reproducción social y hasta busca sustraerles un efecto útil, el segundo se caracteriza precisamente por agregarle a la violencia económica silenciosa pero efectiva propia de la modernización capitalista otra violencia de orden político destructivo. Admitir que la modernización capitalista del sistema económico de ningún modo puede traer el mejoramiento del proceso de reproducción social para las mayorías, que la mutilación y la destrucción de una parte del cuerpo social le es inmanente a su legalidad histórica y asumir activamente en términos políticos esa destrucción, eso es lo que constituye el núcleo esencial del fascismo. Bolívar Echeverría, “Violencia y modernidad”, ensayo contenido en su brillante texto *Valor de uso y utopía*, Siglo XXI, México, 1998.

En este sentido, ciertamente, el fascismo es sin duda alguna cínico, pero el cinismo no es propiamente fascismo, aunque perfectamente puede operar como caldo de cultivo y potencial antesala histórica de aquel.

⁸ *Las ilusiones de la modernidad*, pp. 40-41.

Sin embargo, para recubrir su cinismo histórico, con el objetivo de alcanzar cierto consenso, tanto los Estados neoliberales como el Banco Mundial lo recubren bajo el ropaje del *mito de la globalización*. Que, como todo mito, invierte la dinámica histórica en curso proyectando la globalización no como fase de apuntalamiento del poder capitalista planetarizado, sino como proceso puramente benéfico de difusión mundial del progreso.

Cuando, para construir su interpretación de nuestra etapa, el Banco Mundial lanza una mirada panorámica sobre la historia económica del capitalismo –periodizándola con tres “olas globalizadoras” (la primera de 1870-1914, la segunda de 1945-1980 y la tercera de 1980 en adelante, que habrían tenido un interregno en el periodo de entreguerras como proceso desglobalizador)–, retroproyecta sobre toda ella el mito de la globalización, afirmando que, si bien con sus primeras dos olas la globalización se fue abriendo camino para integrar paulatina pero crecientemente la economía mundial, es apenas ahora que la presunta planetarización hasta antes inédita del capitalismo la dota de las condiciones para impulsar todas sus potencialidades.⁹ Es decir, habla de “tres olas globalizadoras” pero eso no significa mundialización como forma continua del capitalismo. Por contraste con el siglo XX, al que asume como el siglo de la mundialización capitalista imposible, ve la vuelta de siglo como la realización global del capitalismo. En este marco, a partir de que reduce formalmente la globalización a mero libre curso de flujos –del comercio, del capital y migratorios–, introduce una doble

yuxtaposición demagógica que articula 1) la identificación de globalización con crecimiento económico, y, sobre ella, 2) la identificación de crecimiento económico con reducción de la pobreza. Imprimiéndole una versión singular al mito de la globalización, la función de esta doble yuxtaposición reside en encubrir las formas actuales de apuntalamiento del poder planetario como si estuvieran regidas por una, variable para cada Estado pero prometedora para el mundo, *tendencia hacia la globalización de la riqueza*.¹⁰

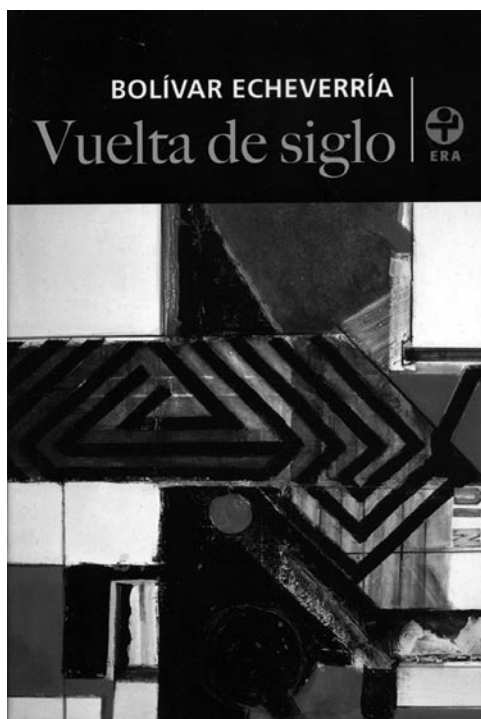
Si ya a principios de los noventa esta formulación no correspondía con la mundialización de la pobreza que se convertía desde allí en un problema estratégico para la configuración neoliberal del capitalismo planetarizado, menos ahora en que es la configuración neoliberal misma la que se está volviendo un problema histórico para el capitalismo mundializado.

II

El triple fundamento histórico o epocal de mundialización de la pobreza

1. La derrota histórica del doble monopolio defensivo de los estados-nación del ex-segundo y del ex-tercer mundos

Para cuestionar la primera yuxtaposición demagógica del Banco Mundial, tenemos que subrayar que *de ningún modo globalización y crecimiento económico son sinónimos*, ya que, la primera perfectamente puede darse –en el sentido



⁹ Desarrollando la presentación de todas las dimensiones del mito de la globalización y la crítica al simulacro histórico de que el siglo XX constituyó el siglo de la mundialización imposible, presuntamente porque en él el mundo nunca fue uno sino tres –desdoblándose en primer y tercer mundos en el capitalismo metropolitano y periférico, respectivamente, mientras el segundo mundo correspondía a lo que se conoció como “socialismo real”–, Luis Arizmendi argumentó que la mundialización constituye un proceso inmanente al capitalismo como sistema histórico y, consecuentemente, que, después de haberse desplegado con dos figuras complementarias en el siglo XX –la del capitalismo clásico en Occidente y la del capitalismo despótico en Oriente–, lo que hemos vivido en las últimas décadas de ningún modo ha sido el origen sino el desarrollo histórico de la mundialización capitalista dirigida a apuntalar en el siglo XXI su poder planetario. “La globalización como mito y simulacro histórico” (1ª parte), revista *eseconomía* nos. 2, ESE/IPN, México, 2002.

¹⁰ Hasta en su título el trabajo más importante del Banco Mundial para analizar la relación entre globalización y pobreza revela esta perspectiva. *Globalization, Growth and Poverty. Building an Inclusive World Economy*, Oxford University Press, 2002. Existe una traducción castellana de la que este organismo no se hace responsable, pero que es de buena calidad, *Globalización, Crecimiento y Pobreza. Construyendo una economía mundial incluyente*, Alfaomega, Colombia, 2002.

de apertura de los Estados-nación al libre flujo tanto del comercio como del capital mundial— mientras el segundo, más que estar ausente, puede incluso revertirse. Es que, como fuerza contrarrestante de su 3ª gran crisis, el capitalismo ha tenido que implementar toda una *re-estructuración* no sólo del mercado mundial sino de de la misma gran industria que planetarizó el siglo pasado. Justo esa ha sido la tarea de la nueva fase de la mundialización capitalista que para llevarse a cabo ha infligido lo que propiamente constituye una *derrota histórica* a los monopolios defensivos que edificaron los Estados-nación del ex-segundo y del ex-tercer mundos.

Levantados como expresión de una resistencia defensiva ante la supremacía tecnológica del capitalismo metropolitano —que, gracias a esa supremacía ha conseguido imponer sistemáticamente condiciones de intercambio desigual en el mercado planetario—, los Estados de los capitalismos periféricos forjaron un doble monopolio: por una parte el control del su capital nacional sobre la fuerza de trabajo y la masa del plusvalor que ella produce; por otra, el monopolio del Estado-nación sobre la propiedad de los recursos naturales estratégicos de sus territorios. Enfrentados, en el marco de una situación ineludiblemente desventajosa; con el capital metropolitano —que ejerce todo el poder que le adjudica detentar el monopolio estratégicamente más relevante de la mundialización capitalista, el monopolio de la vanguardia tecnológica—, los capitales periféricos podían cederle a aquel valor y plusvalor mediante enormes transferencias comerciales y financieras, pero en la fase anterior de la mundialización capitalista mantuvieron en

pie, de uno u otro modo, su doble monopolio defensivo, esto es, el control de su capital productivo estratégico.

Cuando estalla la 3ª gran crisis capitalista, los Estados del ex-tercer mundo ven cómo, a la acumulación de la erosión económica que le generan las enormes transferencias derivadas del intercambio desigual, se le agrega la acumulación de una creciente deuda que propicia ahora enormes transferencias financieras; casi paralelamente, el subimperio del ex-segundo mundo, la URSS, ve cómo su competencia con EU se torna cada vez más difícil hasta colapsar, justo porque el mantenimiento de su poder militar —tanto en términos de inversión en tecnología estratégica como de financiamiento de sus ejércitos en sus estados-satélite le exige tal derrame de recursos que desestabiliza su sistema económico.

El nacionalismo, que, además de responder a la resistencia de los capitalismos periféricos, había sido funcional, aunque bajo figuras distintas tanto en el ex-tercer como en el ex-segundo mundos, a la tarea histórica de la anterior fase de la mundialización capitalista —planetarizar la gran industria—, se viene abajo. A la vez que no lo pueden seguir sosteniendo los Estados periféricos, el nacionalismo se vuelve anti-funcional para la nueva fase de la mundialización capitalista que lo embiste consiguiendo, con base en la erosión acumulada, imponerles a aquellos la derrota histórica de su doble monopolio defensivo.

En este contexto, la apertura a la “globalización”, de entrada, desata todo un proceso de *desindustrialización estratégica* de esos Estados derrotados, que será seguido por todo un opresivo proceso de *reindustrialización estratégica*, que los coloca, cada vez más en este inicio del siglo XXI, dentro de una nueva forma estructural de subordinación tecnoeconómica ante los capitales metropolitanos. Incapacitados para competir con los flujos comerciales de éstos y apresados por los condicionamientos financieros que se les imponen, los Estados periféricos experimentan, así, un profundo proceso de desestructuración de sus redes económico-tecnológicas que, primero, busca destruir el encadenamiento de ramas y hasta ramas enteras, para, luego, sustituirlas con nuevos corredores industriales multinacionales y mundializados.

Cuando se encuentra en curso el proceso de esa desindustrialización estratégica y la transición hacia su opresiva reindustrialización estratégica, la “globalización” de ningún modo genera crecimiento. Junto a América Latina con su “década pérdida” —que, en verdad, corresponde a dos décadas—, incluso más que ella, la “transición hacia la economía de mercado” de la URSS y los países del este europeo, conforman los ejemplos más dolorosos de este proceso histórico, en el que se combinan la desindustrialización estratégica como fundamento de una enorme ola de desempleo y la privatización de las empresas estatales

¹¹ Reconociendo tácitamente el fracaso de las políticas antipobreza de los organismos internacionales, cuando ese proceso desindustrializador se encontraba en pleno curso, uno de los más altos funcionarios del FMI declaró: “Con base en los estudios existentes, ciertamente, no podemos decir si la adopción de los programas apoyados por el Fondo llevaron a una mejoría en el comportamiento de la inflación y del crecimiento. De hecho, a menudo se encuentra que los programas están asociados con (...) una caída en la tasa de crecimiento”. Mohsin Khan, “The macroeconomic effects of fund supported adjustment programs”, *IMF Staff Papers*, 37:2, 1990, pp. 196 y 222.

¹² Con cierta afinidad con lo que aquí denominamos derrota del doble monopolio defensivo de los Estados periféricos, Chossudovsky da cuenta de cómo —desbordando los efectos desindustrializadores producidos en pleno apogeo de la 2ª Guerra Mundial— el “ajuste estructural” que se le impuso a la antigua Unión Soviética generó una caída de la producción de tal magnitud que la sumergió en un proceso de “tercermundización” —instalando una reducción de los niveles de vida sin precedentes—; a la par que sus Estados satélite, como Vietnam —al que tanto se elogió como un futuro “tigre asiático” gracias a su conversión en “Estado globalizado”—, padecieron la exclusión de los productores nacionales de su propio mercado y una merma drástica de su base industrial nacional generada por el oleaje privatizador. Mientras en América Latina la misma estrategia producía un radical desmembramiento del tejido económico, tanto

como fundamento del arrebato de fuentes esenciales de la reproducción social a múltiples naciones. El caso de África subsahariana es aún peor porque, aunque ahí la forma actual de la “globalización” capitalista no se acompaña por ningún proceso de reindustrialización estratégica, el capital metropolitano no tiene reparo alguno en sacar todas las ventajas que le deja el “libre comercio” en un continente condenado a una especie de “apartheid” tecnológico.¹¹

Desde esta óptica puede valorarse el incisivo balance que realiza Michel Chossudovsky en su crítica a la estrategia del Banco Mundial (que constituye una estrategia aplicada conjuntamente con el FMI). Estrategia en dos etapas, que primero pretende lograr la “estabilización económica” (con devaluación, liberación de precios y austeridad presupuestaria) y luego impone “reformas estructurales” (con liberalización comercial, privatización de empresas estatales, desregulación bancaria, reformas laboral y fiscal). Demostrando que, lejos de responder al objetivo de estimular el despegue hacia el desarrollo de los Estados, esta estrategia reconfigura las relaciones del poder global en el mundo, la mirada de Chossudovsky permite reconocer que el Banco Mundial, primero, mediante sus políticas de “estabilización económica”, desestabiliza las bases del mercado interno de los países, para luego, mediante las “reformas estructurales”, impulsar el apoderamiento y la recomposición de la base industrial de su capital productivo estratégico. De ahí que, conforme los Estados se quedan sin capacidad de autogeneración y manejo soberano de recursos propios, el resultado sea una radical desestabilización del proceso de reproducción social de sus naciones que, lejos de traer la globalización de la riqueza, avanza emplazando la “globalización de la pobreza” como peculiaridad histórica de nuestro tiempo.¹²

En síntesis, fundamento de mundialización de la pobreza es este complejo proceso de reconfiguración del poder planetario que, al hacer de los Estados periféricos Estados globalizados, los derrota imponiéndoles ya no, como en la fase anterior de la mundialización capitalista, la mera transferencia de importantes porcentajes de su valor y plusvalor nacional al capital metropolitano. Sin dejar de realizarse esa transferencia, la fase actual de la mundialización capitalista va más lejos, ya que, agresivamente los presiona obligándolos a efectuar el traslado de su plataforma económica estratégica a manos del capital privado y extranjero. De este modo, si un Estado va perdiendo gradual pero ampliamente el control de su capital productivo estratégico, es hundido en un *estado estructural de impotencia para impulsar su propio desarrollo económico*. La *ausencia de autodeterminación nacional* se convierte, así, en *fundamento histórico de un ominoso oleaje mundializado de empobrecimiento*.

2. La reconfiguración neoliberal del Estado

Para criticar la 2ª yuxtaposición demagógica que introduce el Banco Mundial debería decirse que, como *especificidad histórica de la fase actual de la mundialización capitalista, de ningún modo crecimiento económico y reducción de la pobreza corren paralelos*.

Diferenciándose de los periodos de apogeo que siguieron a las 1ª y 2ª grandes crisis, en las que el Estado liberal y el Estado keynesiano –para dinamizar la realización del plusvalor en el mercado y edificar formas eficaces de contención política de los dominados modernos– intentaron acompañar el crecimiento económico con elevación del estándar nacional de vida, el capitalismo contemporáneo –como lo constata el crecimiento del PIB mundial en estos años–¹³ está saliendo de su 3ª gran crisis, pero mediante una *reconfiguración histórica de sí mismo que acompaña necesariamente el crecimiento económico con la expansión e intensificación de la pobreza en el mundo*.

Implementada tempranamente como mecanismo contrarrestante de la crisis capitalista, la reconfiguración neoliberal del Estado asumió desde su inicio como uno de sus ejes la *represión del salario tanto directo como indirecto*. Deteniendo los ajustes de los salarios con el pretexto de impedir el alza generalizada de precios, hizo de la “lucha contra la inflación” cobertura funcional a la contención estratégica del salario. Después, complementando este dispositivo con el que se reprime el salario nominal que se percibe de modo directo, se implementó otro: la privatización de los servicios que para apoyar el proceso de reproducción nacional (como los servicios educativos y

en la industria como en el campo, desatando, a partir de instaurar una crisis profunda en la reproducción social, la recanalización de múltiples actividades económicas hacia la economía ilegal y hasta la configuración de “narco-estados”. A la par que África se convertía en el continente que mostraba la radical paradoja de que el hambre perfectamente podía ser creada no por escasez sino por exceso de alimentos, justo debido a que el “libre comercio” daba entrada a los granos de las transnacionales de EU devastando a los productores autónomos y haciendo estallar la única cualidad de varios países en ese continente olvidado, la seguridad alimentaria. Debido a que incisivamente se peca de los efectos que produce la desindustrialización estratégica en el marco de la fase actual del capitalismo es que Chossudovsky califica al “ajuste estructural” que con ella se impone como “genocidio económico”. *Globalización de la pobreza y nuevo orden mundial*, Siglo XXI, México, 2002.

¹³ FMI, *World Economic Outlook*, Washington, 2006.

¹⁴ Es de tal magnitud el avance sin parangón de la pobreza actualmente en EU –desde Detroit, Filadelfia o Chicago en el norte, hasta Nueva Orleans, Denver o Phoenix en el sur, pasando por Washington– que ciertos grupos de la clase política empiezan a realizar cuestionamientos en torno a lo que llaman un “asalto a los programas de las clases pobre y media” que hace que, habiendo crecimiento económico, aquella crezca. Teresa Tricht, “The rise of the Super-Rich”, *The New York Times*, 19 de julio, 2006.

médicos) tiene que brindar el Estado. Lo que no significa otra cosa que activar la represión del salario social indirecto, esto es del salario que no se percibe como valor-dinero, sino como valor de uso social cuyo aprovisionamiento tiene que garantizar el estado.

Para desplegar esta privatización el capitalismo recurre a una táctica que se mueve de dos modos: por un lado, explora imponer la *privatización directa*, esto es, la franca conversión de servicios públicos en privados, pero, por otro, cuando la correlación de fuerzas políticas no se lo permite, recurre a una *privatización indirecta*, es decir, *al desfinanciamiento programado* de los servicios públicos que, al ser asfixiados, empujan la sociedad nacional hacia el consumo de servicios privados.

En consecuencia, los dos circuitos que constituyen el salario son erosionados y con base en la *reconfiguración neoliberal del Estado* el capitalismo contrarresta la caída de su tasa de ganancia expropiando valor del fondo salarial de consumo para trasladarlo hacia el fondo de acumulación.

El estreno mundial de este modo de operar del capitalismo tuvo lugar, poco después del estallido de la 3ª gran

crisis, en Chile con el golpe de Estado de 1973. Lo primero que hizo el gobierno militar fue disparar (casi en un 300%) el precio del pan y contener los salarios. De allí en adelante los alcances geohistóricos de esta ofensiva contra el salario internacional han sido de tal magnitud que, además de extenderse por América Latina y persistir en el tránsito de dictaduras militares a gobiernos civiles—que ya no necesitan de violencia política destructiva para implementarla porque ya quedó modificada la correlación de fuerzas clasistas—, llega a las demás zonas del tercer mundo, penetra incluso el primer mundo mismo¹⁴ y hasta cruza las fronteras del segundo mundo cuando se viene abajo.

Lo peculiar, lo característico de este proceso reside en que la reconfiguración neoliberal del Estado como mecanismo estratégico de contención del salario persiste más allá del periodo de crisis, aún cuando el capitalismo entra en un nuevo —pero necesariamente temporal— periodo de auge económico. Así, *la reconfiguración neoliberal del Estado contribuye esencialmente a definir la especificidad histórica de la nueva fase del capitalismo mundializado como un tiempo en el que la reducción de la pobreza no acompaña al crecimiento económico.*¹⁵

3. La actual revolución tecnológica como fundamento de la correlación entre pobreza y mundialización

Al lado de la reconfiguración neoliberal del Estado —más aún, impulsándola justo porque la deslocalización exige el derrumbe de las barreras nacionalistas—, esta peculiaridad de la fase actual del capitalismo tiene en la revolución tecnológica, con la teleinformática y la biotecnología, su soporte profundo.

Desde la teleinformática—esto es, desde las tecnologías de la información redefinidas por la microelectrónica y vinculadas a la red de comunicación global fundada por el internet—, el capitalismo ha impulsado la *informatización del proceso productivo planetarizado*, implementándola como punta de lanza de una agresiva ofensiva contra la clase trabajadora. Toda una reestructuración que, en el marco de la articulación a distancia pero en tiempo real del proceso productivo, le permite realizar la *deslocalización* de sus diversas etapas fabricando una pieza en un país y otra en otro para ensamblarlas todas en un tercero, de modo que, la informatización lo ha dotado de un mayor poder con el que *logra confrontar a los trabajadores modernos al interior de un mercado laboral mundializado pero fragmentado*—o sea, cada vez más abierto al libre desplazamiento del capital productivo hegemónico pero cerrado al libre movimiento internacional de la fuerza de trabajo—. Como el capital ha adquirido una agilidad inédita para trasladarse de un Estado a otro—lo que de ningún modo significa que apenas haya estrenado su capacidad de desplazamiento sino que la

¹⁵ Desde un ángulo distinto, Peter Townsend y David Gordon —dos de los especialistas más connotados en el estudio contemporáneo de la pobreza mundial— certeramente denuncian que, pese a que “el nivel de recursos mundiales es enorme y continua creciendo”, “las tendencias de los niveles de vida en el mundo nos lleva a una perturbadora conclusión: la pobreza generalizada está para quedarse y, lo que es peor, para crecer”. Mientras Townsend —partiendo del análisis de Galbraith (en *The nature of Mass Poverty*) que identifica al poder corporativo como causa principal de la pobreza generalizada— insiste en que “el poder ejercido por las mayores corporaciones transnacionales, la obstinada estrategia económica impulsada” por el Banco Mundial, “las restricciones impuestas a las Naciones Unidas” y el “desvergonzado control sobre el comercio mundial” que ejerce EU y el G8, “deben ser investigados (...) si es que se desea explicar adecuadamente los fracasos de las políticas para combatir la pobreza”. David Gordon —partiendo de recuperar la periodización trazada por Stiglitz (en *More Instruments and Broader Goals: Moving Towards a post-Washington Consensus*)— señala que la estrategia neoliberal ortodoxa se desdobra en cuatro etapas: 1) privatización —que, dejando al Estado sin empresas nacionales, eleva los precios de los bienes y servicios consumidos por los pobres—; 2) liberalización del mercado de capitales —que dota a los especuladores de un nuevo poder para desestabilizar economías nacionales—; 3) precios basados en el mercado —que disparan los costos de bienes básicos como los alimentos y los energéticos, provocando frecuentemente disturbios—; y 4) libre comercio —que consolida la integración de una nueva correa de poder desde la cual la OMC domina el comercio en el mundo con una “situación de peligrosa desventaja para los países más pobres”—. Por eso, con base en el *Human Development Report 1999* del PNUD, concluye: “a pesar de las ventajas del libre comercio, la historia ha mostrado que sus resultados han sido a menudo graves hambrunas y pobreza creciente”. Véanse sus interesantes ensayos “La medición internacional de la pobreza y las políticas para combatirla” y “Construyendo una estrategia para combatir la pobreza” en *La pobreza en México y el mundo, op.cit.*

ha llevado a una nueva medida histórica—, al poder exportar casi cualquier etapa del proceso productivo para buscar hacia cualquier latitud la fuerza de trabajo que mayor represión acepta de su salario, activa una dinámica de intensificación de la competencia en el mercado laboral mundializado con la que consigue imponer el *recrudescimiento de la represión salarial en los capitalismos periféricos*, al mismo tiempo que, penetrando tanto en EU como en Europa, *introduce esta represión en el capitalismo metropolitano*.

Buscando descifrar la especificidad histórica de esta represión salarial mundializada Chomsky la califica como “el regreso del capitalismo salvaje”, aunque es más que eso: es llevar el “capitalismo salvaje” de la escala europea que adquirió hace un par de siglos a nueva escala planetaria.

Al lanzar una mirada panorámica al desarrollo de la sobre-explotación desplegada en el curso de la mundialización capitalista podría decirse que cabe conceptualizar su historia desdoblándola en tres periodos.

Primero, el *periodo de la sobreexplotación concentrada en la metrópoli (1740-1880)*. Cuando la génesis y la consolidación histórica en Europa Occidental de la gran industria o, lo que es o mismo, del sistema de fábricas automatizadas,¹⁶ le permitió al capitalismo embestir la anterior centralidad del obrero manual de la era de la manufactura a partir de instaurar *la modernización tecnológica como plataforma para desarrollar la explotación de plusvalor en todas sus formas* —no sólo absoluta, sino también relativa y extraordinaria—, *al mismo tiempo, traicionado tempranamente su promesas de igualdad, lo dotó de las condiciones históricas para violar la ley del valor* —o sea, *el intercambio equivalencial*— *en la relación contractual de la clase trabajadora con el capital*. Desde ahí, la subordinación real capitalista de la automatización laboral ha operado como fundamento histórico de una ofensiva que le permite al capital golpear doblemente a la clase trabajadora: además de reducir la masa relativa de capital variable mediante la expulsión de obreros de la producción, introduce un radical desgarramiento clasista al interior de los dominados modernos con el que enfrenta al ejército de reserva contra el ejército de trabajadores en activo haciendo de aquel una fuerza que sirve para obligar a éste a ceder ante la violación capitalista de la ley del valor en la definición de su salario. Instalando sobre la explotación del plustrabajo impago un proceso de otro orden, articulado con él pero distinto y espurio, el capitalismo hace de la modernidad, o sea, de la continua automatización del proceso laboral, una fuerza que le permite refuncionalizar el oleaje de desempleo como un mecanismo con el cual embiste el valor de la fuerza de trabajo —por principio la masculina, pero luego también la femenina y hasta la infantil— imponiendo, cada vez en mayor medida, violentos arrebatos o, dicho

de otro modo, robos de importantes porcentajes del valor al salario. *Sobre-explotación, entonces, no es sinónimo de una enorme tasa de explotación. Más bien, significa que sobre la explotación de plus-valor, articulada con ella pero conformando un proceso diverso, se integra la expropiación de valor al salario*. Constituye una forma económica que da cuenta de un agresivo bloqueo a la canalización de recursos hacia el fondo social de consumo para redirigirlos hacia el fondo capitalista de acumulación.

Segundo, el *periodo de la sobre-explotación concentrada en la periferia (1880-1970/1980)*. Cuando, en el marco del auge abierto en las últimas décadas del siglo XIX, el desarrollo del capitalismo industrial europeo y estadounidense, para dinamizar la realización del plusvalor al interior de sus propias economías nacionales, requirió elevar los niveles de vida desactivando la sobre-explotación impuesta en la fase anterior contra la clase trabajadora de sus Estados. Sin embargo, lejos de superarse, la sobre-explotación se neutralizó en la metrópoli pero para efectuarse su traslado hacia la periferia. Acorralada por la constante violación de la ley del valor que se impone en el mercado mundial, donde el capital de la metrópoli hace valer su supremacía tecnológica o instrumental arrebatándole el continuo pago de un tributo y, por tanto, la cesión crónica de enormes masas de valor y plusvalor, la periferia responde a esa violación de la ley del valor, que erosiona sus procesos de acumulación, duplicándola. Regresa al interior de sus Estados nacionales transgrediendo el intercambio equivalencial con su propia clase trabajadora para hacer de la expropiación de valor al salario un mecanismo de cierta efectividad en la compensación de las constantes pérdidas que padece en el intercambio desigual dentro del mercado mundial. En el curso de este periodo, la sobre-explotación, así, quedó trasladada históricamente volviéndose un dispositivo permanente o estructural del capitalismo periférico.

¹⁶ Desde el mirador de la *Crítica de la economía política*, automatización es un concepto que da cuenta de la sustitución del sujeto trabajador en la transformación directa del objeto de trabajo. En ese sentido, el sistema de fábricas automatizadas es justo aquel en el cual la producción industrial tiene como su soporte específicamente a la tecnología, es decir, la unificación del logos de la ciencia con la red instrumental técnica. La primera revolución tecnológica funda el funcionamiento automatizado del proceso laboral (cfr. Karl Marx, *El Capital*, Siglo XXI, T.I., vol. 2, México, 1981, cap. XIII, ante todo apartados 1 a 3). Constituye el germen de lo que, a partir de la tercera revolución tecnológica y, más aún, con la cuarta, gracias a los sistemas computarizados y la tendencia a fundar sistemas de inteligencia artificial, alcanza su mayor potencialidad histórica haciendo posible la *automatización total* del proceso productivo internacional. En este contexto el capitalismo revela que, en efecto, la automatización total constituye, para él, un límite histórico —en el sentido leibniziano del término—, es decir, es un punto al cual tiende pero al cual nunca podrá arribar, ya que, la automatización total cancelaría su existencia histórica.

Tercero, *el periodo de la mundialización de la sobre-explotación del trabajo* (1980-...). Con el cambio de siglo, más que regresar al primero de estos periodos, *la teleinformática le ha inscrito al desarrollo de la sobre-explotación un alcance hasta antes inédito*: desbordando sus anteriores medidas históricas, que siempre fueron circunscritas o no planetarizadas, la ha llevado a *combinar su recrudescimiento en el capitalismo periférico* con lo que, más bien, constituye su *re-edición gradual pero creciente en el capitalismo metropolitano* –donde el capital ahora la reactualiza, o sea la vuelve a poner en acto, violando el intercambio equivalencial ya no sólo contra los migrantes extranjeros, que fue exclusivamente contra quienes la aplicó en el periodo anterior, sino incluso contra sus propios ciudadanos–. *La especificidad de este último periodo, entonces, reside en que el capitalismo, por primera vez en la historia económica moderna, dota a la sobre-explotación de un alcance planetario justo porque la reposiciona metamorfoseándola de dispositivo exclusivamente implementado por los capitales de retaguardia para compensar los límites impuestos por su incesante derrota ante los capitales de vanguardia en la economía mundial, en un dispositivo crecientemente impuesto ahora por los capitales de vanguardia que utilizan la actual revolución tecnológica para hacer de la sobre-explotación un nuevo vehículo de maximización de la ganancia extraordinaria internacional. La cuarta*

revolución tecnológica se convirtió, así, en fundamento histórico de la mundialización de la sobre-explotación de la clase obrera.

Ahora bien, la actual revolución tecnológica opera como fundamento de la mundialización de la pobreza no sólo mediante este impacto histórico generado por la teleinformática. Al lado de ella, la biotecnología contribuye a través de una doble vía. Por un lado, porque después de siglos de un acorralamiento con el que el capitalismo condujo las etnias indígenas a implementar la coexistencia de la producción colectiva de bienes para autoconsumo y una relación siempre inestable entablada con el mercado laboral como una estrategia mínima de sobrevivencia histórica, con la conversión de los territorios que habitan en recurso estratégico, debido a la información genética que contienen en su biodiversidad, el capitalismo se ha planteado su expropiación desatando una presión sobre estos conjuntos étnicos que apunta a llevar a una situación límite definitivamente insostenible la pobreza que históricamente han padecido. Por otro lado, si ya, en el marco de su etapa neoliberal, el capitalismo se había embarcado en un ataque masivo a la producción campesina del ex-tercer mundo para trasladar hacia los capitales metropolitanos el control del mercado mundial alimentario, con la biotecnología está apuntando a llevar mucho más lejos ese proceso colocando la producción campesina de la periferia en un estado de dependencia radical. A partir de la invención de los cultivos transgénicos ha creado semillas “suicidas” –que sólo duran un solo ciclo productivo generando dependencia de los aprovisionamientos respecto de la corporación multinacional que las fabrica–, semillas condicionadas agroquímicamente –que no crecen a menos que se cultiven utilizando fertilizantes producidos por la misma corporación que las comercializa– y, por si fuera poco, además ecocidas –que depredan la variedades tradicionales–. A través de estas mediaciones busca consolidar la instalación de lo que constituye una nueva dependencia tecnalimentaria centro-periferia en curso de gestación que abre un amplio canal de acumulación al capital metropolitano, a la vez que, levanta un gran oleaje de empobrecimiento por la devastación que acarrea sobre la producción rural periférica.¹⁷

De este modo, entre la conformación del ejército internacional de reserva más grande de la historia moderna y la mundialización de la sobre-explotación del ejército de trabajadores en activo que ha estado generando la teleinformática, y entre la pauperización de la producción campesina y la expropiación capitalista de recursos naturales estratégicos que viene impulsando la biotecnología, a lo que habría que agregar la depredación de la vida social que produce la explosión de conflictos bélicos ante todo por la disputa de yacimientos energéticos, el capitalismo contemporáneo está conformando auténticos “agujeros negros”,

¹⁷ En “Pobreza mundial, pauperización y acumulación de capital”, Samir Amin, cuestionando certeramente la perspectiva del discurso del poder que neomalthusianamente pretende adjudicar al crecimiento poblacional o, peor aún, a meros errores en el diseño de las políticas económicas el fundamento de la pobreza mundial de la vuelta de siglo, demuestra que el impacto de la actual revolución tecnológica para generarla es decisivo. “La moderna agricultura capitalista (...) está ahora empeñada en un ataque masivo a la producción campesina del tercer mundo. La señal verde para esto fue dada en la sesión de noviembre del 2001 de la OMC en Doha, Qatar... El ratio de productividad entre el más avanzado segmento capitalista de la agricultura mundial y el más pobre, que estaba entre 10 a 1 antes de 1940, está ahora cerca de 2000 a 1, esto significa que la productividad progresó mucho más desigualmente en el área de la agricultura y de la producción alimenticia que en cualquier otra área... La modernización a través de la liberación del mercado capitalista (...) encuadra de lado a lado, sin siquiera efectuar la necesaria unificación, los dos componentes: la producción alimenticia a escala global a través de modernos agricultores competitivos basados sobre todo en el Norte y en el futuro posiblemente también en algunos bolsones del Sur, y la marginalización, exclusión y el avance del empobrecimiento de la mayoría de los tres mil millones de campesinos del tercer mundo y, finalmente, su aislamiento en alguna especie de reservas... Algo que siempre fue pasado por alto es el hecho de que el capitalismo en cuanto resolvía la cuestión (agraria) en sus centros, hacía esto generando una gigantesca cuestión agraria en las periferias, que sólo puede resolverla a través del genocidio”. Revista electrónica *Espai Marx*, 2003, pp. 1-7.

es decir, zonas donde la vida civilizada es auténticamente reemplazadas por la decadencia y la devastación.

Así, lo que Nigel Harris calificó como la posibilidad de la muerte o el “fin del tercer mundo” porque países –como Corea– se incorporarían al primer mundo,¹⁸ ha resultado más bien en el *nacimiento del cuarto mundo*. Un “mundo”, a diferencia de los tres “mundos” que caracterizaron al siglo anterior, que no posee fronteras circunscritas e incluye por igual zonas tanto de las periferias como de los centros del capitalismo contemporáneo. Donde, por contraste con la segregación tradicional –determinada en función de la identidad étnica, racial o religiosa–, la exclusión –que, en tanto producto de la actual revolución tecnológica, no constituye un fenómeno ajeno sino integrado a la fase actual de la mundialización capitalista– impacta a barrios, ciudades, Estados y hasta regiones enteras. Puede reconocerse en las *favelas* brasileñas y el sur del Bronx, en Burkina Faso y La Courneuve, en Kamagasaki y Chiapas, en Sachsen-Anhalt y las chabolas de Bangalore, en los barrios marginales mexicanos o el sur de Irak.¹⁹

Justo es lo que reconoce un importante documento estratégico elaborado por la CIA para realizar la evaluación de las tendencias a mediano plazo de la revolución tecnológica capitalista en el siglo XXI, *Global Trends 2015*:

“En contraste con la Revolución Industrial, el proceso de globalización es más compacto. Su evolución será rígida, marcada por volatilidad financiera crónica y una brecha económica creciente... Regiones, países, y grupos que se sientan dejados de lado enfrentarán una profundización del estancamiento económico, inestabilidad política y alienación cultural. Fomentarán extremismos políticos, étnicos, ideológicos y religiosos, junto con la violencia que generalmente los acompaña... Obligarán a Estados Unidos y otros países desarrollados a mantenerse enfocados en los desafíos del “viejo mundo”, mientras se concentran, al mismo tiempo, en las exigencias tecnológicas de un “nuevo-mundo”... A los Estados Unidos, como poder global, no le quedará más alternativa que comprometer a los actores principales y confrontar los problemas en ambos lados de la brecha económica y digital creciente en el mundo del 2015, cuando los beneficios de globalización estarán muy lejos de ser globales”.²⁰

Ya desde la vuelta de siglo el desdoblamiento de empobrecimiento y enriquecimiento sobre la economía global ha revelado que está lejos de circunscribirse localizadamente respetando fronteras. El impacto en el mercado laboral de la actual revolución tecnológica y la conformación de zonas de cuarto mundo dispersas por todo el orbe proyectan la polarización instalada por el capitalismo neoliberal en la lucha mundializada de clases. Mucho más que la derrota de los estados de la

periferia, proyectan la derrota del movimiento obrero tanto en la periferia como en el centro de la economía mundial. Librado el mercado a sus propias reglas, sin el poder compensador de los sindicatos (que tan bien analizó Galbraith) ni el poder regulador del Estado, ha impuesto la mundialización de la pobreza. La organización de los trabajadores y sus luchas que, en el periodo de auge en la postguerra, les permitió generar resultados tan importantes como la reglamentación mundializada de los derechos laborales con la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y alcanzar un estándar o nivel civilizado de vida en los países del centro y entre los trabajadores de las empresas modernas de la periferia, lejos de frenar el desarrollo del capitalismo, contradictoriamente, fueron la base de su constante capacidad innovadora: cada triunfo de la clase obrera, estimuló la búsqueda capitalista de innovaciones adicionales que sirvieran para revertir los anteriores avances de la clase obrera internacional y maximizar la tasa de ganancia.

Haciendo de la actual revolución tecnológica el núcleo de esas innovaciones, la informatización capitalista del proceso de trabajo planetario, con la deslocalización de la producción global como su punta de lanza, ha impuesto a la mundialización una forma radicalmente asimétrica en la que, como plantea Stiglitz, el recurso móvil obliga a todos a someterse a la disciplina. La liberación neoliberal de los flujos internacionales de mercancías y capitales a la par que se bloquean –de forma cada vez más abiertamente neofascista– los flujos de la mano de obra, muestra una nítida dinámica en la que el ascenso de la remuneración del capital acompañado por la represión de los ingresos de la fuerza de trabajo *desborda la fase de crisis* por la que atravesó el ciclo económico de la acumulación mundializada en las

¹⁸ *The End of the Third World*, Harmondsworth, Middx, UK, Penguin, 1987.

¹⁹ Manuel Castells, *La era de la información*, Vol. III, Siglo XXI, México, 1999, cap. 2. Aunque sugerente porque asume el reconocimiento de que, una vez sucedido el derrumbe de la Unión Soviética, el desdoblamiento del mundo en tres mundos ya no responde a nuestra época, la noción del “fin del tercer mundo” –que Castells retoma de Harris– introduce la ilusión de que su derrumbe desactiva las relaciones de poder centro-periferia y, por tanto, que asistimos a un proceso histórico de “nivelación de oportunidades económicas”. Por eso, problematizando su conceptualización para demostrar que, lejos de su desactivamiento, más bien, sucede el apuntalamiento histórico de las relaciones de poder centro-periferia, Giovanni Arrighi y Beverly Silver prefieren hablar de la “extraña muerte del tercer mundo”. Véase la traducción de Luis Arizmendi de “Trabajadores del Norte y del Sur”, revista *eseconomía* no. 5, ESE/IPN, México, 2005.

²⁰ CIA, *Global Trends 2015*, EU, 2000, pp. 7-8 y 14.

últimas décadas del siglo XX. Revela que, a diferencia de las dos grandes crisis capitalistas anteriores –las de 1870-90 y de 1929-44–, que fueron contrarrestadas con revoluciones tecnológicas que abrieron un nuevo periodo de auge para la acumulación internacional del capital al mismo tiempo que, para dinamizar la capacidad adquisitiva del mercado, elevaron los ingresos salariales de la clase trabajadora, la 3ª. gran crisis capitalista ha sido contrarrestada con una revolución tecnológica que ha desembocado, en este inicio de siglo, en un *nuevo periodo de auge de la acumulación mundializada sumamente peculiar*, ya que, se caracteriza precisamente por *mantener y hasta recrudecer la represión de los ingresos de los trabajadores cuando la tasa de ganancia internacional se encuentra al alza*. Esto significa que *la configuración cínica de la mundialización capitalista ha fundado una nueva fase de auge en el proceso de la acumulación mundializada que, lejos de ir acompañada por auge en el proceso de reproducción de la sociedad planetaria, más bien, continúa y hasta agudiza la crisis económica del proceso de reproducción de múltiples conjuntos sociales*.

Esta dinámica histórica que contribuye a maximizar la tasa de acumulación mundial, sin embargo, contradictoriamente, también contribuye a generar las condiciones que conducirán hacia una próxima crisis de sobreproducción. Como todos los países buscan el crecimiento económico aumentando las exportaciones y, ante todo, los países de la periferia lo tratan de hacer atrayendo capitales extranjeros con el cebo de salarios a la baja, desatan una pauperización de sus trabajadores que propicia reducción del mercado interno. Como *para el mundo en su conjunto no existen mercados externos*, la contracción de los mercados internos termina por producir la contracción de lo que podríamos llamar el “*mercado interno mundial*”, lo que genera la tendencia hacia la crisis de sobreproducción a escala global. En el último siglo y medio, la contracción de los mercados que se crea por la baja de los salarios había sido frenada temporalmente por la expansión horizontal del capitalismo, incorporando como asalariados a segmentos poblacionales antes relativamente aislados de los circuitos mercantil-capitalistas, pero, con

la mundialización industrial alcanzada en las últimas décadas, este mecanismo contrarrestante se encuentra en curso de agotamiento en este nuevo siglo. Así que la principal “*ventaja competitiva*” de los países periféricos, con fuertes diferencias entre ellos, reside en integrar un perverso *dumping social* (o carrera hacia abajo, como le ha llamado David Gordon), tratando de vencer al competidor mediante un abaratamiento cada vez más agresivo y violento de la mano de obra.

En conclusión, la articulación de la configuración neoliberal del Estado, la derrota de los monopolios defensivos tanto del ex-segundo mundo como del ex-tercer mundo y la actual revolución tecnológica constituyen el triple fundamento de la mundialización contemporánea de la pobreza que, a más dos décadas de estar en curso, ha llegado tan lejos que ha abierto el choque de dos tendencias contrapuestas que pugnan por la definición de la configuración histórica del capitalismo para las siguientes décadas. Una es justo aquella que, ante la intensificación de las contradicciones producidas por la configuración cínica o neoliberal, busca adelantarse preventivamente para neutralizar la explosión de conflictos mayores y presiona apuntando a *reactualizar, de uno u otro modo, el proyecto del Estado regulador interventor en la economía*, con el objetivo de instalar toda una *reconfiguración del proceso capitalista de acumulación que modere sus efectos destructivos sobre el proceso de reproducción social en el planeta*;²¹ *otra es aquella tendencia que, enfrentada a la anterior y por lo pronto venciénola, se aferra a la mundialización capitalista cínica y, justo por eso, estimula los riesgos de re-edición del fascismo ahora a escala planetaria*.

El proceso histórico en curso en este inicio de siglo es aún más complejo, ya que, lo define la conformación de una *doble encrucijada yuxtapuesta*. Sobre la *primer encrucijada*, regida por la tensión entre *dos modalidades contrapuestas –una neokeynesiana, otra neofascista– de la misma mundialización capitalista*, se *instala una segunda* en la que *no se juega simplemente la definición de una u otra forma capitalista, sino la disyuntiva entre una forma de la modernidad que apunte el dominio capitalista del planeta y otra que instaure como su principio rector el mejoramiento cualitativo del mundo humano*.

Nunca antes como ahora la potencialidad histórico-positiva de las revoluciones tecnológicas había llegado tan lejos. La tendencia hacia la automatización total del proceso productivo –que abre la gran esperanza de reposicionar al hombre como sujeto creador y dirigente superando su reducción a mero apéndice del sistema de

²¹ Joseph Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Taurus, España, 2002. George Soros, *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*, Plaza y Janés, Madrid, 1999. Gérard Kébabdjian, “Globalización: ¿Debilitamiento o reconfiguración de los Estados del Norte?”, *Mundo Siglo XXI* no. 6, CIECAS-IPN, México, 2006.

máquinas—,²² junto con la potencialidad de la superación definitiva de la escasez que la mundialización de la gran industria genera, le imprimen al siglo XXI una peculiar potencialidad histórica: éste es el siglo en que, por primera vez en la historia, están suficientemente dadas las condiciones tecnoeconómicas para que el proceso de reproducción de la sociedad mundializada transite al postcapitalismo e instale suficientemente las condiciones para el pleno florecimiento del género humano.

Sin embargo, a la vez que vivimos en la era en que el progreso tecnológico ha llegado más lejos y cada vez más horizontes prometedores abre para el desarrollo futuro de la humanidad, también vivimos en la era de mayor represión del progreso tecnológico y sus mejores potencialidades: es que el capitalismo como sistema histórico guarda una relación necesariamente ambivalente o esquizoide con el desarrollo de la técnica planetaria, mientras, por un lado, lo impulsa incesantemente para acrecentar la productividad de su sistema económico y así elevar su tasa internacional de ganancias, por otro, cierra importantes trayectorias posibles de desarrollo tecnológico y hasta francamente destruye múltiples fuerzas productivas justo porque instala cada vez más violentamente la escasez artificial y reprime la realización de la automatización total del proceso productivo planetario.

En ese sentido, jaloneando entre una modalidad más violenta y otra que implemente mayor contención política, la misma modernidad capitalista del siglo XXI se encuentra oscilando entre la definición de una forma neokeynesiana —que reactive, bajo una figura u otra, la intervención del estado como contrapeso ante los efectos destructivos que despliega la acumulación del capital— y una forma neofascista —que asuma activamente la destrucción de una parte de la sociedad mundial para apuntalar el dominio capitalista del planeta y profundice el traslado ya en curso hacia amplios grupos, regiones y naciones de los efectos más radicales de la escasez artificial que el capitalismo impone en esta época—.

*De ningún modo se podría decir, entonces, que el rumbo del siglo XXI éste ya decidido en éstos años con los que comienza. La tendencia cinica que abre camino a la configuración neofascista es la que viene avanzando mayormente, pero su triunfo no es ineludible. Ni el neofascismo o, incluso, el neokeynesiano como formas de la mundialización capitalista, pero tampoco el derrumbe del capitalismo y la transición postcapitalista son destino ineluctable. Más bien, la historia constituye un proceso abierto en el que su desenlace esta por definirse en función de la lucha mundializada de clases, es decir, en función de la acción o de la inacción históricas de la sociedad planetaria.*²³

²² En su obra *La civilización en la encrucijada*, Radovan Richta sabe subrayar la potencialidad histórica decisiva generada desde la 3ª revolución tecnológica para el despliegue pleno del florecimiento humano, ya que, al desarrollar la tendencia hacia la automatización total del proceso productivo abre la gran esperanza de reposicionar definitivamente al hombre convirtiéndolo de “simple engranaje que sirve al sistema de máquinas” en “promotor, creador y dirigente del sistema técnico de producción”. “Una vez que el hombre cesa de producir las cosas que las mismas cosas pueden producir en su lugar, se abre ante él la posibilidad de consagrarse a una actividad creadora que movilice todas sus fuerzas (...), que tienda a la investigación de vías nuevas, a la expansión de sus capacidades”, lo que de realizarse haría desaparecer “la contradicción abstracta entre el trabajo y el placer, entre el trabajo y el tiempo libre”, haciendo que “la actividad humana se confunda con la vida”. *La civilización en la encrucijada*, Artiach, Madrid, 1972, pp. 135-137.

²³ Luis Arizmendi forjó y desarrolló la conceptualización de esta doble encrucijada yuxtapuesta para analizar las tendencias del siglo XXI y sus potencialidades históricas en dos ensayos.

A partir de recuperar y polemizar con el incisivo análisis de Carl Amery, *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?* (FCE, España, 1998), mostró que la actual revolución tecnológica activa una profunda tendencia que impulsa el neonazismo en el siglo XXI no sólo como forma política sino como forma impresa en la misma estructura contemporánea de la técnica planetaria, o sea, como *tecnofascismo* —lo que lo llevó a analizar la relación entre fascismo, teleinformática, mininukes y nuevas tecnologías de control de clima como potencial arma en la lucha geopolítica—, asimismo, mostró que la mundialización de la gran industria levanta la posibilidad de la transición postcapitalista a escala planetaria en “La globalización como mito y simulacro histórico” (1ª y 2ª Partes), revista *eseconomía* nos. 2 y 3, ESE/IPN, México, 2002-2003.

Por otra parte, en “La crisis ambiental mundializada del siglo XXI y sus disyuntivas” —analizando esta crisis que es dimensión complementaria de la mundialización de la pobreza, ya que, ambas dimensiones articuladas revelan lo lejos que ha llegado la depredación desplegada por la acumulación del capital sobre el fundamento subjetivo y objetivo del proceso de producción planetario—, Luis Arizmendi mostró que la dinámica del sobrecalentamiento producido sobre el orbe no genera ni la inevitabilidad del derrumbe del sistema capitalista ni la certeza de su persistencia. Y que, más bien, *oponiéndose a una visión determinista*, es decisivo observar que la historia de nuestra era enfrenta una *doble encrucijada yuxtapuesta*: 1) una encrucijada en la que *capitalismo y postcapitalismo chocan como formas posibles de la modernidad*, lo que quiere decir que como respuesta a la depredación antiecológica mundializada, ciertamente, la transición postcapitalista es posible pero no destino; por lo cual, 2) sobre ésta encrucijada se instala otra en la cual la persistencia del capitalismo éste siglo es perfectamente posible y ahí se encuentran en pugna dos configuraciones distintas de él mismo para definir su forma en las próximas décadas, una configuración altamente depredatoria, *cinica y tendencialmente fascista*, con otra configuración *neokeynesiana* que apunta a *moderar la actual depredación capitalista del planeta*. El contenido de un planteamiento así es *antideterminista*. Reconoce que la actual depredación del planeta es de tal escala inédita que acarrea enormes desequilibrios no sólo para el proceso de reproducción de la sociedad mundializada sino también para la acumulación planetarizada, pero de allí de ninguna manera se infiere una salida predefinida. Se insiste en que la crisis ambiental mundializada es condición de posibilidad que presiona haciendo urgente la necesidad de la transición postcapitalista, pero que no es condición suficiente para realizar esa transición histórica. *En síntesis, se mira la historia del siglo XXI como una historia abierta, en la que sus trayectorias de ningún modo se encuentran predeterminadas y dependen de la acción o inacción del sujeto histórico*. Cfr. “La crisis ambiental mundializada en el siglo XXI y sus disyuntivas”, revista *Mundo Siglo XXI* no. 3, CIECAS, IPN, México, 2006.

III

El impacto de la reconfiguración cínica neoliberal del Estado en la realidad económica y social de México**1. De la articulación a la desarticulación entre política económica y social**

Como se sabe, 1982 constituye la fecha de un giro histórico para nuestro país. Después de prácticamente medio siglo de *configuración liberal o nacionalista del Estado mexicano*, determinada por el *cruce* o la *yuxtaposición* de lo que, por un lado, constituía la *presión que desde dentro del país pugnaba por el ejercicio de la soberanía nacional* con lo que, por otro, *desde fuera pero también atravesándonos, conformaban las necesidades históricas de la fase anterior de la mundialización capitalista* —que, debido a que su misión en el siglo XX, después de planetarizar las formas o relaciones sociales de producción capitalistas en el siglo XIX, consistió en planetarizar la gran industria,²⁴ requiriendo que los países periféricos en América Latina impulsaran con sus propios recursos la edificación de su infraestructura tecnológica y económica, dado que EU canalizó sus esfuerzos y luego también sus inversiones hacia el control, la reconstrucción y el desarrollo de Europa y Japón—, México transitó hacia la reconfiguración cínica o

²⁴ En “La globalización como mito y simulacro histórico”, entrando en la polémica sobre la definición del siglo XX como un siglo “corto” (Hobsbawm) o “largo” (Arrighi), cargando su posición hacia el concepto de “corto siglo XX” pero a partir de redefinirlo, Luis Arizmendi presentó una conceptualización de la historia global de la mundialización capitalista que permite especificar la presencia de cuatro periodos: 1er periodo) mundialización capitalista basada en dominio del proceso de trabajo por el capital comercial (entre el largo siglo XVI y mediados del siglo XIX); 2o periodo) mundialización capitalista basada en la subordinación del proceso de trabajo por el capital industrial (1850-1914/18); 3er periodo) mundialización de la subordinación real del trabajo al capital mediante planetarización de la gran industria con base en un desdoblamiento del capitalismo que implementó su configuración clásica en Occidente mientras adquiría una peculiar configuración como “capitalismo despótico” en Oriente (1914/18-1971/91); y 4o periodo) mundialización mediante la subsunción real del trabajo por el capital en su forma específica —es decir, con base en la configuración clásica del capitalismo— que utiliza la 4ª revolución tecnológica como fundamento para el desarrollo de su poder planetario. *Op. cit.*

²⁵ Véase al respecto Julio Boltvinik y Fernando Torres. 1987. “Concentración del ingreso y satisfacción de necesidades en la crisis actual,” *El Economista Mexicano* 19 (3), 1987, pp. 15–36.

²⁶ Corresponde a una perspectiva metodológica originalmente desarrollada por Julio Boltvinik en el marco de una obra escrita junto con Meghnad Desai y Amartya K. Sen, *Índice de Progreso Social. Una propuesta*, publicada (tanto inglés como en español) por el PNUD de la ONU (Bogotá, 1991, 120 pp.). Libro posteriormente reeditado, en 1998, por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, Colección Nuestro Mundo.

neoliberal del Estado. En el marco del pleno despliegue de la 3ª gran crisis del capitalismo mundial, que condujo a la redefinición histórica de los Estados para implementar mecanismos contrarrestantes de esa crisis, México atravesó por una transición en la que el nacionalismo del Estado, después de haber sido funcional al desarrollo de la mundialización capitalista el siglo pasado, pasó a convertirse en un obstáculo que necesitaba ser enteramente barrido y desestructurado para el desarrollo del capitalismo planetario con la vuelta de siglo.

Como expresión de este giro histórico, desde los ochenta, México sustituyó el modelo de industrialización basado en la sustitución de importaciones por el modelo neoliberal orientado hacia afuera, revirtiendo casi todos los logros del periodo anterior. Con el desmantelamiento del Estado nacionalista, el objetivo de la política económica —al cual se subordinó todo lo demás— fue cumplir con el servicio de la deuda externa. Cuando la crisis de la deuda explotó no sólo se interrumpió el flujo de capital externo, sino que el país empezó a transferir cantidades sustanciales de capital al exterior, que fueron financiados con muy altos niveles de *superávit* en el comercio exterior. Estos excedentes se hicieron posibles mediante drásticas reducciones en la demanda agregada interna producidas por la política económica con devaluaciones de la moneda, aceleración de la inflación y aumentos nominales a los salarios muy por debajo de la inflación, desplegando así la represión de los salarios reales y drásticas reducciones en la participación de los salarios en el producto interno bruto, haciendo que los costos del ajuste económico recayesen casi totalmente en los trabajadores.²⁵ De este modo, a las transferencias del intercambio desigual, se unieron las enormes transferencias asociadas al ciclo internacionalizado del capital-dinero subordinado por la deuda externa. El resultado fue un profundo impacto sobre la nación.

Para evaluar panorámicamente el hondo impacto regresivo de la reconfiguración neoliberal del Estado en el desarrollo de la nación —superando la unilateralidad de la aproximación oficial que pretende medirlo cuando lo que hace, más bien, es *sustituir desarrollo por crecimiento económico*, degradando su conceptualización, precisamente, por concentrarse tan sólo en los vaivenes del PIB, es decir, en el aumento de la producción, sin importar su distribución ni las condiciones cualitativas del proceso de reproducción y del progreso de la vida de la sociedad—, en este ensayo utilizaremos un indicador alternativo —diferente al índice de desarrollo humano del PNUD—: el de *oportunidades para el bienestar social* (OBS).²⁶

Para simplificar, podemos formar dos grupos de indicadores adecuados para analizar la evolución de la pobreza y el bienestar: 1) los ingresos de los hogares y 2) la satis-

facción de sus necesidades básicas (educación, acceso a servicios de salud, vivienda y sus servicios). Cuando los ingresos son menores a la línea de pobreza o norma de ingresos, se identifica la pobreza de ingresos. Cuando las personas o los hogares no alcanzan la norma de satisfacción de las necesidades básicas, se originan las pobrezas de educación, salud, etc. Correspondientemente, podemos situar dos grupos de políticas públicas como determinantes no exclusivos pero decisivos de la evolución de cada

uno de éstos grupos de indicadores del bienestar. Por una parte, la política económica como determinante central del ingreso de los hogares. Por la otra, la política social como determinante central de la satisfacción de necesidades básicas específicas. De esta manera, la evolución observada del bienestar puede reconocerse como reflejo de la acción conjunta de la política económica y la social.

El cuadro siguiente presenta una evaluación de las tres últimas décadas del milenio en México.

Evaluación global de la evolución del bienestar en México. 1970-2000

Concepto	Años setenta	Años ochenta	Años noventa
1. Oportunidades para el Bienestar Social	Aumento rápido	Caída rápida	Aumento lento, con fluctuaciones
2. Oportunidades no igualitarias para el bienestar social (logros medios)	Aumento rápido	Caída	Aumento, con fluctuaciones
3. Igualdad (ingresos)	Aumento rápido	Caída rápida	Caída lenta, con fluctuaciones
4. Igualdad (educación)	No disponible	Caída lenta	Caída
5. Igualdad (tiempo libre)	No disponible	Aumento	Caída rápida, con fluctuaciones
6. Pobrezas de educación, vivienda y sus servicios	Caída muy rápida	Caída	Caída Rápida
7. Pobrezas de salud y seguridad social	Caída muy rápida	Caída	Caída lenta
8. Pobreza de ingresos	Caída muy rápida	Aumento muy rápido	Aumento, con fluctuaciones
9. Pobreza Integrada (MMIP)	Caída muy rápida	Aumento rápido	Aumento lento, con fluctuaciones
10. Mortalidad infantil, preescolar y escolar	Caída muy rápida	Estancamiento en parte del periodo	Caída rápida (excepto alrededor de 1995)
11. Gasto público social per cápita	Aumento muy rápido	Estancamiento (leve aumento)	Aumento
12. Caracterización de las Políticas públicas	Fase final desarrollo hacia adentro	Estabilización e inicio del modelo neoliberal	Ajuste estructural y consolidación del modelo neoliberal

Los planteamientos que se exponen en este apartado utilizando este indicador constituyen una síntesis de un largo trabajo elaborado por Julio Boltvinik pero hasta ahora sólo publicado en inglés: “Welfare, Inequality and poverty in México.1970-2000”, capítulo 11 de Kevin J. Middlebrook y Eduardo Zepeda (eds.), *Confronting Development: assessing Mexico's Economic and Social Policy Challenges*, Stanford University Press, 2003.

Las oportunidades para el bienestar social (OBS) conforman un índice que se calcula combinando tres indicadores compuestos: 1) el consumo total (privado y público) igualitario por adulto equivalente, 2) el tiempo libre igualitario, y 3) el logro educativo igualitario. La media aritmética de los dos últimos indicadores se multiplica por el primer indicador para obtener OBS. Cada uno de los tres indicadores compuestos es el resultado de combinar el indicador de logro promedio con un indicador de igualdad distributiva a escala social, de ahí, el uso de la palabra “igualitario”. Los indicadores de logro medio son: el consumo total por adulto equivalente, un índice del tiempo libre disponible para el conjunto de hogares y un índice del logro medio educativo de todas las personas. Los indicadores distributivos son: el coeficiente de Gini del ingreso de los hogares, la disponibilidad media del tiempo libre entre los hogares pobres como proporción del mismo indicador entre los hogares no pobres; y el logro medio educativo de los hogares pobres como proporción del mismo indicador entre los hogares no pobres. Véase, J. Boltvinik, “Welfare, Inequality, and Poverty”, *op. cit.*, pp.391-402.

Como puede verse, en profundo contraste con lo que sucede en el periodo neoliberal, entre 1970 y 1981-1982 (la última fase del desarrollo hacia adentro o del “desarrollo estabilizador”) existe una sinergia positiva en todos los aspectos del bienestar social. El objetivo central de la política pública fue mantener el crecimiento económico a pesar del agotamiento del modelo de sustitución de importaciones²⁷ y generar empleos bien remunerados. Las políticas salariales protegieron los salarios reales, que continuaron creciendo hasta 1981.²⁸ Las oportunidades para el bienestar social aumentaron como resultado de logros medios más altos y menor desigualdad en la distribución del ingreso (la única variable distributiva disponible para este periodo). El gobierno contribuyó significativamente al aumento de estas oportunidades a través de un mayor gasto público que expandió ampliamente el consumo público. Estas mayores oportunidades se tradujeron en una rápida disminución tanto de la pobreza de ingresos como de la pobreza educativa, de espacio y servicios de la vivienda, de salud, y de seguridad social. Las mejores condiciones de vida y el mayor acceso a la atención a la salud explican los muy rápidos descensos en las tasas de mortalidad de los grupos de edades menores (mortalidad infantil y la del grupo de 1 a 5 años). En síntesis, *la articulación entre la política económica y la social fue virtuosa y ambas contribuyeron al mejoramiento de las condiciones de vida de la población.*

²⁷ Sobre este agotamiento véase Julio Boltvinik y Enrique Hernández Laos, “Origen de la crisis económica de México: el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones. Un análisis preliminar.” en *Desarrollo y crisis de la economía mexicana: ensayos de interpretación histórica*, coordinado por Rolando Cordera, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

²⁸ Al respecto véase Julio Boltvinik, “Condiciones de vida y niveles de ingreso en México, 1970–1995” en *Deuda externa mexicana: ética, teoría, legislación e impacto social*, editado por José Antonio Ibáñez Aguirre, Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana, México, 1998, pp. 259-270.

²⁹ En “Welfare, Inequality and Poverty”, Boltvinik muestra que la creencia generalizada que el gasto social bajó estrepitosamente en los años ochenta se debe a la aplicación de índices de precios inadecuados. Una vez que se usan los índices adecuados, se llega a las conclusiones aquí expresadas.

³⁰ En este periodo, que incluye el gobierno de M. de la Madrid, se discontinuó completamente el Sistema Alimentario Mexicano (SAM) pero se conservaron los componentes de Coplamar que habían sido institucionalizados: IMSS-Coplamar, que continúa operando hasta ahora y provee servicios de salud gratuitos a una parte de la población rural no derechohabiente del IMSS; Conasupo-Coplamar, con el nombre de Diconsa, continúa proveyendo servicios de abasto de productos básicos en las zonas rurales.

Sin embargo, el crecimiento logrado —basado en parte en el auge petrolero y en el endeudamiento externo entre 1978 y 1981— no podría haberse sostenido ante cambios radicales en los parámetros externos (la baja en los precios del petróleo y el aumento simultáneo en las tasas internacionales de interés) y se colapsó con el estallido de la crisis de la deuda en 1982.

En los años ochenta, la reconfiguración neoliberal del Estado, a pesar de la disminución lenta en las desigualdades educativa y de tiempo libre, impactó las OBS generando que disminuyeran con rapidez debido tanto al deterioro de los logros promedio de los tres indicadores como al aumento en la concentración del ingreso.

Pese a todo, la erosión y disminución de las OBS no se tradujo en aumentos en todas las pobreza: las pobreza específicas continuaron bajando como consecuencia de un gasto social per cápita que continuó creciendo (aunque lentamente) en términos reales,²⁹ pero la pobreza de ingresos efectivamente aumentó mucho. Esta combinación de movimientos contradictorios en los componentes del nivel de vida se tradujo en el estancamiento en las tasas de preescolaridad y mortalidad infantil. Aunque la política económica pauperizó drásticamente a la población, la política social actuó en sentido opuesto.³⁰ En este sentido podría decirse que el proceso del *tránsito hacia el Estado neoliberal en México adquirió una singular peculiaridad: aunque el Estado abandonó su anterior nacionalismo, utilizó la política social manteniendo de forma sumamente limitada su uso como contrapeso pero ahora ante la nueva forma cínica de la acumulación capitalista y la política económica.*

Los años noventa atestiguaron la consolidación del modelo neoliberal, con consecuencias mixtas en el bienestar y la igualdad. El gasto público social creció a un ritmo moderado (inferior al de los años setenta, pero superior al de los ochenta). Los logros medios detuvieron su descenso y (con algunas fluctuaciones) aumentaron. Sin embargo, la igualdad del ingreso, el tiempo libre y la educación, disminuyeron (es decir, aumentaron las desigualdades), alcanzando en el 2000 las referidas al ingreso y al tiempo libre los valores más bajos observados en toda la serie.

Si bien el valor promedio de las pobreza de salud y seguridad social experimentó una disminución muy pequeña como resultado del nulo cambio en la pobreza de seguridad social y una baja lenta en la de salud, las pobreza de educación, vivienda y sus servicios continuaron decreciendo con rapidez.

En conclusión, *para el año 2000, las OBS ya habían experimentado un efecto regresivo de prácticamente dos décadas*, ubicándose 10% por debajo de su nivel de 1981. La incapacidad de la economía (y de la política económica)

para lograr un crecimiento sostenido y un aumento muy fuerte en la desigualdad constituyeron el fundamento de este importante retroceso histórico. Con él, aunque las pobreza específicas (educación, vivienda y sus servicios, atención a la salud y seguridad social) son más bajas en el 2000 que en 1981, la pobreza de ingresos fue sustancialmente más alta. De ahí que la pobreza integrada—indicador que incorpora ambos tipos de pobreza— creciera en el periodo. Es decir, el decrecimiento en las OBS se tradujo, en los hechos, en un aumento general en la pobreza. Pese a que las tasas de mortalidad infantil y preescolar alcanzaron a ser, al final del milenio, sustancialmente menores que en 1980, los cálculos muestran que, aunque podrían haber disminuido mucho más, no han logrado un descenso mayor debido a que el drástico aumento en la pobreza por ingresos y en la desigualdad obstaculizaron su baja.

Cuando se evalúa el resultado generado por la reconfiguración cínica o neoliberal del Estado mexicano con el Método de Medición Integrada de la Pobreza (MMIP)—que, a contrapelo de la mutilación cínica que impone la visión del Banco Mundial, mide el impacto de la pobreza sobre el sistema total de necesidades sociales—, lo que puede observarse es un *proceso de efectos histórico-regresivos que bloquea y depreda radicalmente el progreso de la sociedad nacional: México se convirtió en un país que, pese a contar con una amplia multiplicidad de recursos para posicionarse de otro modo en la economía mundial, ya para el año 2000 había arrojado a la pobreza prácticamente al 75% de la población—o, mejor dicho, casi al 80% si se actualiza el cálculo para el año 2006— y que, peor aún, ha hundido en situación de pobreza extrema a la mitad de la población nacional.*³¹

2. Dos problemas nodales de la política social

En este contexto, la política social padece dos problemas nodales de distinto orden histórico pero interconectados.

El primero consiste en la *desarticulación o dislocación histórica entre la política económica y la social instalada por la reconfiguración neoliberal del Estado y, mejor dicho, en la subordinación represiva de la segunda a la primera*. En el gobierno federal no existe la convicción de impulsar genuinamente el *desarrollo* y, desde ahí, el bienestar (y el *florecimiento humano*) de toda la población. Mientras hace algunas décadas la preocupación por el bienestar social—como contrapeso a los efectos destructivos de la acumulación capitalista— fue central para el Estado nacionalista mexicano y se reflejaba en muchas medidas de política económica global y sectorial; hoy día se ha vuelto un asunto especializado, que sólo compete a las secretarías de lo social (sobre todo Sedesol, Salud y Educación).

El segundo problema, de orden estructural en el funcionamiento del Estado mexicano, es decir, que no fue creado por el neoliberalismo pero complejiza la desarticulación histórica que éste introduce, consiste en *la operación insular de las entidades públicas*, lo que aunado a la inexistencia de un mecanismo intersectorial con atribuciones reales para la formulación e instrumentación de la política social,³² ha llevado a que *la única institución que posee una visión integrada de la política social sea la SHCP a través de la Subsecretaría de Presupuesto*.

El Estado cínico o neoliberal, que parte de la premisa que el buen funcionamiento de los mercados permite presuntamente alcanzar el máximo bienestar posible, da lugar al carácter especializado de la atención a la pobreza y lo social. Para él, el objetivo de la política económica tiene que reducirse a que los mercados funcionen bien. Cualquier intervención que altere los precios relativos distorsiona las señales alejando a los mercados del óptimo. De ahí que, los agentes de la política económica abandonen todo interés directo en el bienestar social. En la era del Estado nacionalista en México, en la medida que se podía y era bien visto intervenir en los mercados, los agentes gubernamentales influían en el bienestar fijando salarios mínimos crecientes en términos reales, controlando precios y subsidiando los bienes básicos. *Esto está ahora prohibido por el Consenso de Washington*.

Se han desvinculado tajantemente, así, los campos de lo económico y lo social. En el primer campo está prohibidas intervenciones con objetivos sociales directos. La

³¹ En *Pobreza y Distribución del Ingreso en México*, Julio Boltvinik desarrolla un análisis comparativo de las mediciones de la pobreza y la pobreza extrema en México contrastando, entre otras, la visión del Banco Mundial y la CEPAL—que unidimensionalizan el sistema de necesidades— con la perspectiva global que arroja el MMIP. *Op. cit.*, pp. 90-97. En el mismo sentido, cfr. el ensayo escrito por Boltvinik y Araceli Damián, “Evolución y características de la pobreza en México”, revista *Comercio Exterior*, Vol. 53, no. 6, junio 2003.

³² Diseñada para contrarrestar esta limitación estructural del Estado mexicano y, además, plasmar en la constitución principios normativos que exijan el diseño de políticas efectivamente comprometidas con el *desarrollo* buscando generar condiciones para revertir la desarticulación entre política social y política económica impuesta por el Estado neoliberal, la Ley General de Desarrollo Social (LGDS)—aprobada a fines del 2003 en la Cámara de Diputados— significó un paso adelante, entre otras cosas, porque instituyó la Comisión Intersecretarial de Desarrollo Social y la dotó de funciones tan relevantes como proponer partidas y montos del gasto social para el Proyecto de Presupuesto de Egresos de la Federación. Por sus alcances, los gobiernos federales de inicio del siglo XXI han reducido la LGDS a letra muerta, aunque contiene un importante potencial histórico que requiere una transformación política para hacerse valer e, incluso, para ser llevada más lejos.

desarticulación de las políticas económicas y sociales y *la prevalencia automática de los objetivos de “equilibrio económico”* sobre cualquier otro, *han llevado a la política social a una existencia solitaria y la política económica a una insensibilidad social históricamente cínica.*

3. La adopción subordinada en México de la nueva agenda de pobreza del Banco Mundial

Si periodizamos el impacto de la reconfiguración neoliberal del Estado en la política social, cabe decir que, después de haber fundado, en la década de los ochenta, la desarticulación histórica de la relación entre política económica y social, en la década de los noventa, el Estado mexicano pasó a *redefinir históricamente las directrices de la política social.*

Desde 1997, los gobiernos del país han venido diseñando sus políticas contra la pobreza en abierta conformidad con la “nueva agenda para la pobreza” (NAP) formulada por el Banco Mundial,³³ de suerte que, las políticas públicas de forma puramente retórica giran en torno al combate de la pobreza, o sea, más bien, se dirigen hacia el control estratégico de lo que con el cambio de siglo se convirtió en la masificación de la pobreza.

El giro radical en el enfoque gubernamental sobre la política social se dio en el decenio de los noventa, respondiendo a la conversión de la pobreza en un problema estratégico en la nueva fase de la mundialización capitalista.

En las décadas anteriores a los años ochenta, el gobierno intervino para alterar los parámetros básicos que determinan la pobreza: se aumentaron los activos de los pobres a través de la reforma agraria, la mejora tanto de las tierras como del ganado, el otorgamiento de crédito y la asistencia técnica. El gobierno también ejerció influencia sobre los precios relativos de los bienes y servicios que compran y venden los pobres —a través de subsidios a los

insumos agropecuarios y a los artículos básicos de consumo; estableciendo precios de garantía; con el aumento a los salarios mínimos y públicos reales y el consecuente aumento indirecto de los salarios promedio; a través de la oferta directa de servicios como el transporte, o subsidiando el prestado por los particulares, y con una intervención en los mercados de artículos básicos para evitar las ganancias excesivas. Adicionalmente, mejoró las condiciones de vida de la población mediante los servicios de educación básica gratuita, servicios de salud y la ampliación de la seguridad social. Esta antigua agenda fue más un programa para el desarrollo y la justicia social que una agenda de lucha contra la pobreza. Los programas sociales —la educación en especial— fueron en su mayoría universales y gratuitos, y aunque existieron programas dirigidos a grupos específicos, éstos tuvieron un papel secundario.³⁴

Por el contrario, según la NAP, las intervenciones del gobierno no deben alterar las señales del mercado —sólo se puede subsidiar la demanda (nunca la oferta), de preferencia a través de transferencias monetarias—. Los precios relativos no deben perturbarse para evitar “distorsiones a los incentivos económicos”. El crecimiento debe estar sujeto al “libre juego de las fuerzas del mercado”, de manera que la única función del Estado (aparte de proveer los llamados bienes públicos) residiría en auxiliar a quienes no pueden participar por su cuenta en el “juego del mercado” —es decir, a quienes se encuentran en condiciones de pobreza extrema—. De ahí que, la NAP recomiende concentrar los recursos públicos en programas que beneficien *exclusivamente* a los *pobres extremos*. Por ello plantea el cobro de cuotas en programas universales existentes, para evitar subsidiar a quienes presuntamente *no lo necesitan*. Incluso, sostiene que en todos los casos en que sea posible, el sector privado debe operar tales programas. Así, ahora para que los pobres extremos no mueran de hambre se les dan transferencias monetarias *focalizadas*.

El diagnóstico que subyace (implícitamente) a la NAP identifica dos causas de la pobreza extrema: la indebida intervención del Estado que distorsiona las señales del mercado y el reducido “capital humano” de los pobres extremos que les impide participar en el “juego del mercado”.

Es importante observar que no existe nada en el análisis que se ha presentado aquí que sugiera, ni siquiera de manera indirecta, que las orientaciones de política social de los años setenta fuesen ineficientes. El juicio simplista en el cual se basó el vuelco a los programas focalizados, que sostiene que el gasto no focalizado supone desperdicio de recursos, no toma en cuenta la complejidad de la dinámica social que, al transformar radicalmente para grandes sectores de la población el acceso a bienes y servicios, puede significar un cambio cultural que convierte

³³ Véase: Moore, Mick, y Stephen Devereaux, “Editorial Introduction: Nationalising the Anti-Poverty Agenda?” *IDS Bulletin* 30 (2), 1999, pp. 1–5. Estos autores subrayan que la agenda de pobreza puesta en vigor por el gobierno mexicano a partir del periodo de Ernesto Zedillo no es más que una nítida reproducción de la agenda fue puesta en el escenario internacional por el *Informe sobre el desarrollo mundial 1990* del Banco Mundial. La califican como una agenda conservadora dirigida a “*save-tax-payers-money-at-all-costs*” (“ahorrar recursos de los causantes a toda costa”). Están completamente en lo cierto cuando proponen nacionalizar la agenda de pobreza, puesto que parte del reconocimiento de que cada país requiere definir su agenda en función de sus propias necesidades.

³⁴ Liconsa es un ejemplo, aún en operación, que vende leche a precios subsidiados a las familias de bajos ingresos (principalmente) de las áreas urbanas.

los bienes y servicios de referencia en necesidades sociales,³⁵ ni las enormes ineficiencias y distorsiones que se generan como ineludible consecuencia de la focalización individualizada.

La aceptación acrítica del enfoque focalizado, por su supuesta mayor eficiencia, olvida que los programas focalizados *parecen* más eficientes que los universales sólo cuando exclusivamente se toman en cuenta los errores de inclusión (es decir, los que derivarían de incorporar a ellos a los no pobres), ya que justamente están diseñados para minimizar estos errores, pero cuando también se toman en cuenta los errores de exclusión (esto es, los que dejan fuera a sujetos efectivamente pobres), la apariencia anterior se desvanece y la verdad se hace visible: *los programas focalizados a individuos/hogares no sólo son menos eficientes que los universales, ante todo, terminan impulsando explosivamente el crecimiento de la pobreza porque no tienen reparo en sus efectos de exclusión*. Es imprescindible tomar en cuenta que el costo social de un error de exclusión (vg. dejar sin atender a una persona desnutrida) es varias veces más alto que el de un error de inclusión (atender a un no desnutrido).³⁶ Además, la focalización individual a hogares/personas, más que simplemente conllevar costos administrativos directos, genera condiciones adecuadas para la selección y canalización demagógica de los recursos –principalmente en función de procesos electorales–. *De este modo, los programas focalizados resultan doblemente funcionales a la reconfiguración neoliberal del Estado: en el orden estratégico sirven para el control de pobres mientras, a la par, en el orden táctico constituyen eficaces medios demagógicos para diversas coyunturas y escenarios*.

IV

En torno a la necesidad histórica de una nueva articulación entre autodeterminación y desarrollo

1.- De la autodeterminación a la subordinación global

A partir de 1982, el *proyecto de autodeterminación nacional* que estuvo vigente en México durante más de medio siglo en la fase anterior de la mundialización capitalista *fue sustituido por la subordinación global*. Algo similar ocurrió en muchos otros países de América Latina. En la subordinación global ya no existe proyecto nacional. El futuro de la nación lo determina la derrota de los monopolios defensivos que el capital mundial le impuso tanto al ex-tercer como al ex-segundo mundos, es decir, una radical dependencia respecto

de las nuevas formas de acumulación de la economía mundial. En este sentido, la subordinación global, que supone plena obediencia a los poderes mundiales, parte de premisas opuestas a las de la autodeterminación. Si ésta parte de nuestras propias potencialidades, aquélla *supone que dependemos totalmente del capital y la tecnología provenientes del exterior*. Por tanto, en vez de limitar la inversión extranjera, debemos invocarla y complacerla.

En el período en que predominó la autodeterminación nacional, en México aspirábamos al desarrollo industrial basado en empresas nacionales. Para desarrollarnos requeríamos *nuestra propia capacidad industrial*. El funcionamiento en nuestro territorio de empresas extranjeras modernas que contratan trabajadores mexicanos *no constituye desarrollo*. No desata ningún efecto de arrastre que impulse el desarrollo tecnológico ni económico del país. De hecho, en sentido exactamente inverso, *la subordinación global edifica nuevas formas de dependencia tecnoeconómica que atrofian y hasta destruyen condiciones para el desarrollo de múltiples capacidades nacionales, justo porque a lo que apunta es a conformar y consolidar estructuras de dominio de largo plazo*.

Cuando se habla de *soberanía nacional* está en juego un proyecto cuyo soporte reside en la capacidad de *autodeterminación económica de la reproducción y el desarrollo de la nación*. Exige que, al menos, lo que podría denominarse los núcleos de los sectores económicos –esto es, la producción de tecnología y el manejo de recursos naturales estratégicos en el sector I (productor de medios de producción), la producción de alimentos en el sector II (productor de medios de subsistencia) y los servicios educativos y financieros en el sector III (servicios)– sean autogestionados soberanamente. Dicho de otro modo, *la soberanía económica constituye el fundamento imprescindible para que pueda volverse efectivo el ejercicio de la soberanía política de la nación*.

³⁵ Como se argumenta en la sección siguiente, el desarrollo de necesidades es uno de los elementos constitutivos del florecimiento humano. Cuando, por ejemplo, se logra la extensión de la educación básica a toda la población, todas las familias desarrollan la necesidad de educación para los menores. Cuando esto ocurre, se ha logrado la transformación mencionada en el texto.

³⁶ Véanse al respecto, los ensayos de Giovanni Andrea Cornia y Frances Stewart, “Subsidios alimentarios: dos errores de focalización” y de Amartya Sen, “la economía política de la focalización”, ambos en el número de junio del 2003 de *Comercio Exterior*. Igualmente, véase Julio Boltvinik y Fernando Cortés, “La identificación de los pobres en el Progreso”, en Enrique Valencia *et al.* (coords.), *Los dilemas de la política social*, Ude G, ITESO, UIA, 2000, pp.31-61.

Cuando un país no impulsa la innovación tecnológica y el tendido de toda una red geointustrial que sostenga su desarrollo económico y, en su lugar, depende de los corredores tecnológicos subordinados por las empresas transnacionales desde los que se le cohesionan verticalmente con el exterior instalando una radical descohesión horizontal a su interior; cuando no autodetermina el manejo de sus propios recursos naturales estratégicos (como el petróleo o los recursos genéticos en el caso de México) con perspectiva de corto, mediano y largo plazo para beneficio de la nación y, más bien, los supedita a las necesidades de acumulación del capital exterior y hasta le cede a éste el control de esos recursos; cuando no garantiza la producción de los alimentos básicos que soportan la reproducción de su nación y, más bien, es colocado en una creciente situación de dependencia alimentaria; cuando no asegura formar jóvenes altamente calificados capacitados para impulsar su desarrollo tecnoeconómico y, en su lugar, restringe su acceso a la educación superior y, ante todo, fomenta la educación técnica para adaptar su fuerza de trabajo juvenil a los corredores industriales multinacionales; cuando su banca en vez de operar, con base en un marco legal que así lo garantice, como banca de desarrollo, funciona; como banca desnacionalizada que transfiere ingentes cantidades de recursos financieros al exterior; entonces, está en curso la conversión de la dependencia tecnoeconómica en un fenómeno estructural. En síntesis, *la subordinación global* —que cabe definirla como la abierta sumisión de la “clase política” a los poderes mundiales— *corresponde o se articula con una nueva forma histórica de dominio que, dirigiéndose a instalar una especie de impotencia estructural para el ejercicio de la autodeterminación nacional, tiende a colocar bajo control estratégico del capital metropolitano los núcleos de la plataforma industrial y de los sectores económicos de las naciones periféricas.*

Como puede verse, *se trata de una subordinación multidimensional: productiva, financiera y comercial.* La subordinación global va tejiendo restricciones (cárceles) para evitar que el país subordinado escape del sometimiento. Los tratados de libre comercio, las reglas de la OMC, la legislación nacional que va volviendo obligatorias ciertas pautas de política económica (el control de la inflación a ultranza, el déficit cero), etc. La cárcel más sólida viene de lo que Frances Stewart ha llamado el *consenso del mercado*. Muchos intentos de romper los barrotes de la cárcel pueden ser reprimidos. Si el Congreso de la Unión determina un impuesto a cierto producto, un panel de la

OMC puede ordenar su eliminación. Mientras más tiempo pase, más difícil resulta salir de tales cárceles, precisamente porque se va plasmando un estado de subordinación tecnoeconómica estructural en la economía interna y de las voluntades políticas dominantes. *A un cuarto de siglo de implementación continua del Consenso de Washington, México se ha convertido en un país prototipo de lo que significa en el siglo XXI la subordinación global.*

El planteamiento de la subordinación global articulada con una nueva forma de dominio en las relaciones de poder centro/periferia de ninguna manera supone la imposibilidad de transformar la actual situación histórica, exactamente al revés, conduce a plantearse una estrategia de contradominio que asuma la medida del dominio alcanzado para revertirlo. Aclara el camino de las condiciones para la autodeterminación, o sea, avanza hacia la unidad de la autodeterminación económica y la autodeterminación política para el despliegue de la soberanía nacional.

2. Autodeterminación y Desarrollo Económico

El *concepto total de desarrollo* que aquí presentamos, tanto en su más amplia dimensión como *progreso social* —es decir, como la creación de las condiciones para el *despliegue concreto del florecimiento humano*— como en la más restringida de *desarrollo económico*, especifica el *objetivo de políticas públicas alternativas: el desarrollo de las necesidades y capacidades de los habitantes de la nación y, en particular, de las necesidades económicas y las capacidades productivas.*

Situémonos al nivel societal en el desarrollo económico. Al evaluar panorámicamente las condiciones de posibilidad determinantes del desarrollo puede verse que son dos sus *condiciones sine qua non*: la *autodeterminación* y la presencia de una *masa crítica de capacidades y de recursos.*

Paul Baran, en *La economía política del crecimiento*, concluyó que la diferencia específica que explica el rápido desarrollo de Japón, a pesar de su arribo tardío al capitalismo, es el hecho que nunca fue un país colonizado, siempre fue un país independiente, *autodeterminado*. La experiencia reciente vuelve a mostrar que los países que logran reposicionarse en la economía mundial han sido los que han determinado autónomamente su agenda de desarrollo, como Corea del Sur y Taiwán. El mismo Joseph Stiglitz —que quizás ahora es justo quien mejor personifica la tendencia que pugna por la reconfiguración neokeynesiana de la mundialización capitalista— reconoce que los países que han tenido mayor éxito en la globalización *determinaron su propio ritmo de cambio rechazando las presunciones del Consenso de Washington.*³⁷

³⁷ Joseph E. Stiglitz, “Globalism’s Discontents” *The American Prospect*, vol. 13, N° 1, enero del 2002, traducido en *Perfil. La Jornada*, 19 de enero del 2002.

Las lecciones son contundentes: *la autodeterminación es condición necesaria del desarrollo*. En condiciones de autodeterminación, las naciones *asumen y aprenden a hacer lo que tienen que hacer: desarrollan las capacidades que necesitan desarrollar, las capacidades socialmente necesarias*.

Sin embargo, aunque la autodeterminación es condición central de posibilidad del progreso social y del desarrollo económico, no es la única condición. *La presencia de una masa crítica de capacidades y de recursos es imprescindible, ya que, en condiciones de aguda escasez de recursos el desarrollo se vuelve imposible incluso en presencia de la autodeterminación*. Cuba y las zonas gobernadas por el EZLN muestran los límites de la autodeterminación en condiciones de aguda escasez de recursos.

A nivel nacional México no tiene esa escasez aguda de recursos ni carece de la masa crítica de capacidades, pero estas condiciones sí están presentes en muchas regiones y en casi todas las microregiones del país. El desarrollo es posible en México si recuperamos la autodeterminación. A nivel de regiones, muchas de aquellas que padecen una aguda escasez de recursos requieren del apoyo de la nación.

3. Florecimiento Humano: Objetivo Histórico de un nuevo proyecto basado en la Autodeterminación y la Desmercantilización

Si redefinimos el concepto de *desarrollo económico* como *subconjunto del progreso social* podemos, entonces, caracterizarlo como *la creación de las condiciones para el desarrollo rápido e irreprimido de las necesidades económicas y de las capacidades productivas de la nación*. Constituye la plataforma de un proceso de alcances mucho mayores en el que el *desarrollo tecnológico* puede soportar el *desarrollo* —lo que no sólo quiere decir la multiplicación cuantitativa sino la innovación y el enriquecimiento cualitativo— del sistema total de valores de uso, de suerte que, *el desarrollo tecnoeconómico* opere como fundamento detonante del *desarrollo histórico* o, lo que es lo mismo, del *progreso social* tanto del sistema de necesidades como del sistema de capacidades de la sociedad en su conjunto. De este modo, *la riqueza humana*, esto es, el *florecimiento multidimensional del sujeto concreto*, podría surgir justo como su resultado más creativo y prometedor. En este sentido, cabe identificar al *progreso social* como el *despliegue efectivo de un proceso de avances históricos regido por el desarrollo irreprimido y acelerado de las fuerzas esenciales humanas*.

Así como cabe distinguir entre desarrollo económico y progreso social a nivel societal —conceptos que pueden

medirse en una escala en la que al extremo inferior corresponden, respectivamente, el subdesarrollo económico y el atraso social—, en la pobreza también cabe diferenciar la pobreza económica de la pobreza humana. La superación de aquella, sin duda, es condición necesaria, pero de ningún modo suficiente, para la superación de ésta última, o sea, *superación de la pobreza económica no es sinónimo de conquista de la riqueza humana*.³⁸

En este sentido, una lucha histórica que posicione genuinamente al *humanismo* como fundamento de la *lucha contra la pobreza* requiere plantearse una visión global: *la asunción de los retos históricos que significan la superación tanto de la pobreza económica como de la pobreza humana para fundar condiciones epocales del florecimiento humano nacional*.

Un proyecto alternativo de lucha histórica contra la pobreza no puede contentarse con desactivar la mutación neoliberal de los programas contra la pobreza en programas de combate contra los pobres. Sin dejar de ser esencial, ese objetivo es por demás insuficiente. Requiere ser desbordado por una *visión global del largo plazo*, en la cual la superación de la pobreza económica constituya una premisa básica pero que sea el proyecto nacional de florecimiento humano el que redefina lo que se entiende por esa superación. Justo porque de lo que se trataría es de fundar condiciones históricas que permitan hacer de la *oportunidad efectiva del acceso universal al florecimiento humano un derecho garantizado para todos*. *Se fundamentaría, así, con una visión de largo plazo, un derecho humano que sintetiza diversos derechos sociales, el derecho a no vivir en la pobreza o, lo que es lo mismo, el derecho a un nivel de vida digno, dotándolo de un alcance mayor con la construcción del derecho al florecer*.

Una perspectiva de este orden exige pugnar por posicionar al *progreso social* como *principio rector y objetivo par excellence de las políticas públicas a escala social, utilizando como instrumento para su avance gradual pero continuo la autodeterminación nacional del desarrollo económico*.

³⁸ Desarrollando un nuevo enfoque que desborda el nivel de vida —plano desde el que se analizan las necesidades sociales exclusivamente a nivel económico— para avanzar más lejos fundando una nueva perspectiva que permite abordar las necesidades y capacidades humanas con el proyecto del florecimiento humano como horizonte histórico —es decir, desde un mirador que se plantea la crítica de la pobreza pero desde la perspectiva de su superación en dirección al progreso multidimensional de la riqueza humana—, Boltvinik esta transformando en libro lo que fue sus Tesis de Doctorado *Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano*, CIESAS-Occidente, Guadalajara, abril del 2005.

Una política *integrada* de lucha contra la pobreza debe promover el aumento de todas las fuentes de bienestar de los hogares, así como establecer mecanismos de seguridad social para evitar su deterioro ante los riesgos comunes de la vida.³⁹

Sin dejar de ser cruciales, la rearticulación histórica de la política económica y la política social, así como la reorientación de los programas sociales hacia el enfoque universalista desmontando la prioridad del enfoque focalizado, no son suficientes. *La propuesta aquí planteada consiste en que la política de lucha alternativa contra la pobreza no puede estar formada por un programa, ni por el conjunto de los programas de una secretaria, ni por el conjunto de la política social y la económica, sino por todo esto más la aplicación sistemática en todas las políticas*

³⁹ Una política de lucha *integrada* contra la pobreza económica –que es, precisamente, resultado del diagnóstico histórico que puede realizarse desde el horizonte del Método de Medición *Integrada* de la Pobreza– tiene que abordar todas las variables que determinan la situación económica de personas y hogares. Una primera guía para identificar estas variables es la que corresponde a las fuentes de bienestar: a) ingreso corriente (monetario y no monetario); b) activos básicos (vivienda y su equipamiento); c) activos no básicos (propiedades líquidas o no y capacidad de endeudamiento); d) titularidades de acceso a bienes y servicios gratuitos o altamente subsidiados; e) conocimientos y capacidades; f) tiempo libre y disponible para trabajo doméstico y educación. En “El florecimiento humano como mirador iconoclasta ante la mundialización de la pobreza”, Luis Arizmendi realizó un balance del desarrollo del principio de la totalidad en este método de Boltvinik demostrando que su perspectiva más allá de unificar el análisis del salario directo –esto es, del que se percibe como ingreso monetario para transformarlo en un conjunto de bienes y servicios– con el del salario indirecto –esto es, el que corresponde a los servicios que el Estado está constitucionalmente obligado a proporcionar a la nación para su reproducción económica–, abre una *nueva perspectiva epistemológica de estudio de la pobreza basada en el valor de uso total*. Lo que, desbordando la unilateralidad de los otros métodos de estudio de la pobreza, permite dar cuenta de los límites en las condiciones totales de reproducción y desarrollo económico de la nación. Revista *Desacatos* no.23, CIESAS, México, 2007, pp. 115-119.

⁴⁰ *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Paidós, Buenos Aires, 1997.

⁴¹ El debate en torno al concepto desmercantilización ya tiene historia. Inició con su planteamiento, hace más de medio siglo, por Karl Polanyi en *La Gran Transformación* (1944). Después fue desarrollado por Claus Offe en “Advanced Capitalism and the Welfare State” (*Politics and Society*, 1972) y, posteriormente, en *Las contradicciones en el Estado del bienestar* (1988) –cuya edición castellana es de Alianza Editorial, México, 1990–. Jürgen Habermas presentó su utilización en *Legitimation Crisis* (Boston, 1975). Y Gosta Esping Andersen lo puso a reconsideración en *The Three Worlds of Welfare Capitalism* (Polity Press, Cambridge, G.B., 1990) y, luego, en *Fundamentos sociales de las economías postindustriales* (Ariel, España, 2000). Immanuel Wallerstein lo ha desarrollado en su visión de la bifurcación histórica para el siglo XXI en “Después de la globalización y el desarrollismo, ¿qué?” (revista *Mundo Siglo XXI*, CIECAS, IPN, México, 2005-2006, traducción de Luis Arizmendi).

de criterios basados en la combinación de la autodeterminación soberana con el principio del florecimiento humano nacional.

Dicho de un modo más amplio, esto significa que, mucho más que un giro drástico en las políticas públicas, México necesita, con base en un movimiento social comprometido con la autodeterminación, reconfigurar el proyecto de Estado. De ningún modo podría tratarse del regreso al pasado, esto es, al Estado nacionalista liberal y keynesiano. *Para responder a la edificación de condiciones para el florecimiento humano, la autodeterminación nacional no podría remitirse a los marcos de acción de una estrategia capitalista nacionalista, tendría que redimensionar transcapitalistamente el ejercicio de la soberanía del estado nacional orientándola centralmente hacia una desmercantilización social históricamente creciente.* Soberanía funcional a un reordenamiento del proceso de reproducción social en el que el estado tenga que reconocer y asumir múltiples necesidades sociales para cubrir las mediante servicios públicos o, incluso, conquistando lo que André Gorz denomina el “ingreso ciudadano universal”,⁴⁰ sin cosificación del sujeto social ni venta de la fuerza de trabajo en el mercado laboral.

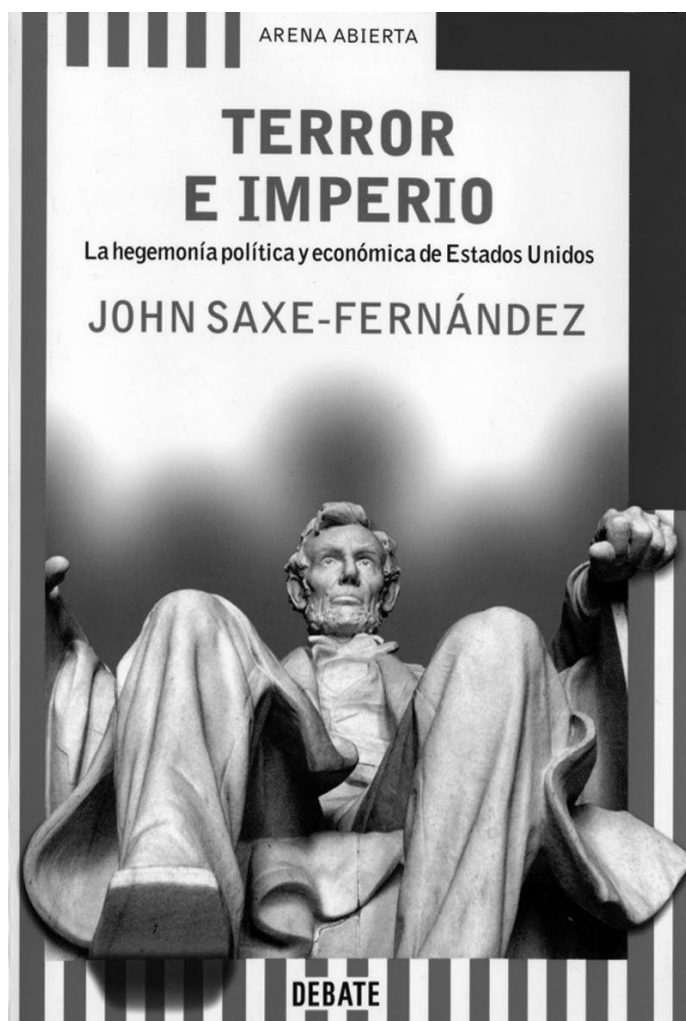
La desmercantilización –que el discurso del poder acostumbra deslegitimar como ilusoria para obnubilar la comprensión de la viabilidad histórica de su realización– tiene su inocultable antecedente en las dos instituciones mayores que el siglo pasado nos heredó, las universidades y los hospitales públicos,⁴¹ pero contiene la potencialidad de un proyecto que complementa la lucha por la conquista de mayores servicios gubernamentales que mejoren las condiciones de reproducción y desarrollo económico de la nación con la conquista de un tipo hasta antes inédito de ingreso, *el ingreso ciudadano universal*, caracterizable por dos propiedades decisivas: *ser de base suficiente (no mínima) para evitar la pobreza y, además, fuertemente incondicional.*

En la era de re-estructuración y apuntalamiento de la gran industria mundial con la cuarta revolución tecnológica como su fundamento, se ha impuesto la expulsión del mercado laboral de ingentes quantums de fuerza de trabajo integrando ya el ejército internacional de reserva más grande de la historia moderna, al mismo tiempo que establece una cada vez mayor polarización en la distribución del ingreso entre naciones y al interior de ellas entre sus clases sociales. Sin embargo, *en la medida en que el desempleo y la subocupación masificados devienen en potencial factor de desequilibrio de los mercados internos –por reducción de la demanda efectiva– y, más aún, en la medida en que se da un profundo choque entre la cada vez mayor potencialidad histórica de la abundancia económica que*

*abre el despliegue de la actual revolución tecnológica y la instalación de crudas formas de escasez y miseria que la mundialización cínica artificialmente instala, es posible pugnar antisistémicamente por la fundación de una contratendencia transcapitalista que pugne por convertir la desmercantilización creciente en una realidad efectiva. Conquistarla dotaría al proyecto del florecimiento humano de una enorme plataforma histórica.*⁴²

En conclusión, el proceso de recuperación plena de la autodeterminación nacional puede durar varias décadas,

pero el despliegue de un movimiento social que combine crecientemente el ejercicio plural de la autogestión con los proyectos del florecimiento humano y la desmercantilización como firmes principios políticos puede abrir innegablemente la construcción de una alternativa histórica para México. Una estrategia de este orden podría dotar a la nación de una plataforma adecuada para redefinir su lugar en la *rapport de forces* de la mundialización y enfrentar las encrucijadas del siglo XXI luchando por su progreso económico y político.



⁴² El proyecto del ingreso ciudadano universal (ICU) es toda una potencialidad de nuestra era que, pese a no poder ser realizada de inmediato, requiere ser analizada y estimulada para definir una tendencia alternativa en el siglo XXI desde ahora. Su discusión ya desborda Francia e Italia—desde donde Antonio Negri fue el primero en polemizar con el importante libro de Gorz (“Miserias del presente, riqueza de lo posible de André Gorz”, revista *economía siglo XXI*, ESE, IPN, México, 1998, traducción de Doridé Barrera y Luis Arizmendi). Ha dado lugar a la formación de una amplia red internacional, dentro de la cual la rama mexicana se encuentra en formación. La UACM organizó el primer Seminario Internacional sobre el ICU en junio de 2007.